

"ELLOS"

LOUIS G. MILK

Ellos

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/010

CAPÍTULO PRIMERO

"Ellos" ya estaban aquí. Los teníamos en nuestro planeta y no lo sabíamos. Por todas partes. En todos los sitios, públicos y privados. Quizá mi vecino, el señor Smith, era uno de "Ellos“. Acaso quien detenía tan bondadosamente su coche para que usted pudiera terminar su viaje cómodamente era uno de "Ellos".

Pat Numsey, el rojizo policía irlandés, tan amante de los niños, que paraba el tráfico de la Quinta Avenida para que pasara el moreno niño de la señora Ramírez, era también uno de "Ellos".

El doctor Benson, gracias al cual fue posible el primer viaje a la Luna, también era uno de "Ellos".

La deslumbrante Lynne Hodge, la única, la incomparable, tanto por belleza como por la calidad de su arte, también era uno de "Ellos", y el mundo del cinematógrafo, la televisión y el teatro sufrió una durísima sacudida, cuando alguien, cumpliendo con su deber, la abatió fríamente de una docena de balazos, Y no disparó más, porque se le agotó la carga de su superpistola.

Aquel insigne médico que se llamó el doctor Fergus también era uno de "Ellos" y el descubrimiento de la vacuna anticancerosa que le valió la eterna gratitud de toda la humanidad, no fue óbice para que media docena de G. I.[1], al mando de un cabo, lo convirtieran en un irreconocible cadáver, hecho lo cual los siete hombres lanzaron un irreprimible suspiro de alivio.

También resultó ser uno de "Ellos” el general jefe del Alto Estado Mayor, Bonnelius, de quien se decía que en su cerebro se habían juntado los de Alejandro, Aníbal, Julio César, Atila y que sé yo cuántos guerreros más de la Historia del Mundo. Pero una granada de mano lo deshizo y al que la arrojó lo ascendieron inmediatamente; prácticamente sobre sus restos.

Y así, millares y millares de casos, en la peor amenaza que sufrió la Humanidad, inconsciente de que había estado la punto de ser sumida en una esclavitud —de hecho casi lo estaba ya— al lado de la cual, aquella que nos causaba tanto horror a mediados del siglo XX, la soviética, era un puro juego de niños.

Afortunadamente, un accidente dio al traste con tan cuidadosos y meditados planes. En aquellos diabólicos cerebros no cabía la idea de que su estrategia dominadora pudiera sufrir ninguna interferencia, y calcularon mal, porque siempre hay que dejar un pequeño margen de imprevistos.

Pero, si lo explico en dos palabras, perderá todo su interés la narración, y hay mucho que contar, porque yo fui uno de los principales protagonistas y mi intervención, dicho sea sin falsa modestia, fue decisiva. Y todo empezó el día en que decidí mandar al diablo a mi jefe, disfrutando con ello como hacía años que no lo hacía.

* * *

Me incline sobre la mesa y lo mire cara a cara:

— ¡Váyase usted al diablo, "Azote"!

Era un hombre frío, de mediana edad, corpulento, mas fuerte todavía que muchos jovenzuelos que presumen de musculatura y es guata lo que llevan debajo del traje. Nunca le vi un movimiento, una mueca, un tic que demostrara cuales eran sus sentimientos en el instante en que se hablaba con él.

Lógicamente, sus ojos azules, que parecían arrancados de algún témpano de hielo, no pestañearon ahora cuando me preguntó:

— ¿Qué piensas hacer, Tripp?

— ¡No! No se lo voy a decir. ¿Cree que no le conozco, "Azote"? Me iré donde no pueda encontrarme. No quiero trabajar más con usted.

Cuando aparte mis manos de la mesa, me dijo:

— No puedes irte, Tripp. Tu contrato...

— ¡Échelo al fuego, "Azote"! ¿Sabe lo que le digo? Coja un esclavo de los que cocieron ladrillos para Semíramis, la que construyó Babilonia; otro de los que arrastraron piedras para la Gran Pirámide; un tercero de los que fueron inmolados en los teocalis de los antiguos mejicanos, y un forzado de Siberia; júntelos a los cuatro, agítelos bien, fúndalos en uno solo y este esclavo sera un hombre feliz comparado conmigo. ¡Adiós, "Azote"!

Y ya estaba en la puerta, cuando volvió a llamarme, advirtiéndome:

— ¡Tripp! Si sales por esa puerta, no volverás a entrar. Te despediré.

Procuré dar a mis palabras toda la mordacidad posible:

— ¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que he sido yo quien se ha despedido? —y cerré tras mí con toda la violencia que pude, lamentando de que fuera *vitralum* el material empleado en su construcción y no madera, como se hacían antiguamente, para haberme dado el gusto de un buen estrépito.

— He oído muchas voces ahí dentro, señor Stacey —me dijo el "'bombón" que era la secretaria particular de "Azote", derrochando mieles.

Le acaricié la barbilla y se esponjó como un pavo real:

— Tienes razón, Margie. Ha habido voces, pero le he enviado a un lugar que no te puedo mencionar.

— ¿Por qué, señor Stacey? —su boquita era una deliciosa o.

— Porque esta noche no dormirías tranquila, nena.

Y salí a grandes zancadas, con lo que ocho días mas tarde me hallaba haraganeando por las orillas de Potomac, a bastantes millas de la capital, cuyos resplandores incendiaban el cielo todas las noches. Pero era feliz y en aquella primavera estallante no se pasaba frío, aunque, como yo, vistiera poco más o menos unos arrugados pantalones y un desteñido overol. Lo dicho: estaba más que harto de mi trabajo y

quería sentirme de nuevo un pillete.

Me tumbé a la orilla del río, en un lugar en donde, en la curva del remanso, llena de césped hasta el mismo borde del agua, a la sombra de los álamos, se estaba maravillosamente. Pero cuando ya mis párpados se estaban entrecerrando, unas voces, que me hicieron maldecirlos en grandes dosis, me sacaron del nirvana en el cual estaba yo sumiéndome.

Alguien me zarandeó sin muchas contemplaciones:

— ¡Eh! ¡Oiga! ¿Qué hace usted ahí?

Abrí uno de mis ojos y contemple de lado al hombre, malhumorado:

— ¿Desde cuándo los de la Infantería de Marina se dedican a molestar a los pacíficos vagabundos que duermen su siesta?

Pero no me hizo el menor caso el teniente de "marines" y de pronto me di cuenta de que tenía a sus espaldas media docena de hombres, todos en pie de guerra y con sus correspondientes metralletas encaradas hacia mí, y por la expresión de sus rostros pude apreciar que al menor movimiento sospechoso me convertirían en una estatua de plomo.

— La documentación. ¡Rápido! —y su tono era perentorio, así como su gesto, con los pulgares en el cinturón del correaje.

Del bolsillo de atrás de mi pantalón, y con todo cuidado, saque mi cartera, y cuando el oficial leyó lo que estaba escrito en el carnet de *vitralum*, grabado electrónicamente, su expresión cambió de tono:

— Le ruego mil perdones, señor. ¿Pero quién se iba a figurar...?

— ¡Oh! No se preocupe, teniente —dije, mientras me abrochaba el bolsillo de la cadera—: ¿Qué ocurre? ¿Maniobras?

— No lo se, señor. Nos han ordenado batir a conciencia todo esto y pedir la documentación personal a todo el mundo. Disparar sin empacho contra todo el que se resista, y detener a los sospechosos.

— ¡Caramba! ¿Acaso los rusos han dejado caer en paracaídas algunos francotiradores?

— Todo pudiera ser, señor, pero lo ignoro. Lamento de nuevo haberle molestado. A sus órdenes. ¡Vámonos, chicos!

En cuatro pasos se perdió el pelotón y yo me tumbé de nuevo en la fresca hierba.

Empezó a sonar una música. No se cuando ni de dónde procedía. Pero si es cierto que la música amansa a las fieras, aquella música debía ser la que usaba el mismísimo Orfeo en sus conciertos, y la cosa es que me despertó de nuevo, pero no abrí los ojos.

Pero el hombre es un ser que nunca esta contento con lo que tiene y abrí los ojos, dispuesto a averiguar la procedencia de aquella melodía, exclamando:

— ¡Caramba! ¿Que diablos es esto?

Era una caja parecida a un maletín de aseo, de esos que se llevan en los viajes con lo más indispensable, pero no tenía aberturas. Era lisa por completo y sus aristas eran ligeramente redondeadas, así como sus vértices. Pero lo más peculiar de ella era su brillo. Un brillo verde plata, intenso y apagado al mismo tiempo, como si de su interior emanase una extraña luz que, junto con la música, tranquilizase el espíritu hasta limites que no había conocido nunca. Claro es que trabajando con "Azote” mi espíritu no había estado nunca tranquilo, pero...

Bien, el caso es que después de un buen rato de huronear y fisgonear para ver si podía abrir aquello, tuve que darme por vencido. No pesaba gran cosa y después de fumarme un par de pitillos con toda tranquilidad, no sin hacer trabajar mi cerebro a presión, decidí continuar en aquella postura, pero con una variante: que, como había perdido el sueño, pensé que me hubiera gustado tener una caña para matar el rato.

¡Pero no había concluido de pensarlo, cuando ya tenía entre las manos una magnífica caña, a la que no le faltaba detalle, bote de camada incluida!

(A trescientos metros de allí, un pescador que dormitaba, cuando despertó se hinchó de insultar al que le había robado sus trebejos de pesca).

Mire aquello incrédulamente, pero antes de que pudiera preguntarme como me había aparecido la caña, algo me dio la respuesta:

— ¿No querías una caña? Ya la tienes. O, ¿es que le falta algo?

Respingué. Me levante de un salto, di unos cuantos pasos en todas

direcciones, sin encontrar al que había hablado, y luego me senté en la hierba, sudando como un condenado. En un instante dejé mi pañuelo hecho una lástima.

— ¿Quién ha hablado? —pregunté, insconscientemente, en voz alta.

— He sido yo. El translator.

Apreté los dientes. ¡Como encontrase al autor de la broma...!

— ¿Qué diablos es el translator?

— Soy un aparato que traslada los electrones de los átomos de un lugar a otro.

De nuevo mi frente volvió a cubrirse de un frío sudor. "Soy un aparato", había dicho. Miré aquella maleta con aprensión, y pregunté:

— ¿Eres tú ese... ese translator?

— Si. Y estoy a tus órdenes. Tú eres mi dueño.

Entonces me di cuenta de una cosa. La maleta no hablaba. No hablaba como yo, pero sus sonidos se percibían directamente, sin conmover el aire. Telepatía, vamos.

— Eso es —me dijo el artefacto—. Tú y yo nos entendemos telepáticamente.

— Pero yo no he tenido nunca esa facultad... —argüí.

— Yo sí y es suficiente.

Encendi un nuevo cigarrillo y a fe que me costó. Tenía unas manos que parecían de azogue. Pero, cuando me iba a decidir a hacerle más preguntas al translator, algo me cortó el habla. Y la respiración. Era una mujer. Con una simple blusita blanca, unos "shorts" y unas sandalias. No llevaba otra vestimenta, pero su presencia era un directo al plexo solar. Abrí la boca y ella notó mi aturdimiento, por lo que se echó a reír sonoramente.

— ¿Qué le pasa?

— Usted —señalé con el índice— ¿Le parece poco?

Se miró asombrada, comprendiendo al fin. Rió de nuevo:

— Una galantería que no había escuchado nunca, señor...

— Nada, de señor. Tripp, para los amigos.

— Gracias —movió sus dorados cabellos y chispearon sus hermosísimos ojos verdes— Grace... también para los amigos —y se sentó a mi lado—: Qué, ¿se pesca?

Miré la abandonada caña:

— ¡Oh! Nada de eso. Aburrimiento, ¿sabe? Y, a propósito, ¿qué hace usted por aquí?

— Pasear —dijo simplemente, y no quise insistir.

Hubo una pausa y al fin ella dijo—: Tengo sed. He andado demasiado sin darme cuenta. Hace un día tan hermoso.

— Sí —y entonces me dije que era la ocasión de hacer otra prueba con el translator—. ¿Le gustaría una cerveza bien fresca?

— Prácticamente, seria usted mi salvador, Tripp.

— Oye —esto iba para el artefacto aquél, pero, naturalmente, no lo hablé, sino que lo pensé—: ¿Podrías proporcionarme un par de cervezas?

— Ya las tienes —y en el mismo momento, dos jarras llenas del espumoso líquido, aparecieron frente a nosotros.

(A quince millas de allí, dos furiosos clientes comenzaron a pelearse con un no menos furioso "barman" que sostenía que les había servido lo que le habían pedido, mientras que ellos juraban y perjuraban que era un indecente borracho y que le iban a arrancar las orejas por embustero).

Tomé una de las jarras, entregándosela a Grace, y alcé la otra:

— La señora esta servida. ¡A su salud! —y sin más me apliqué a calmar la sed, pues a mí también me hacía falta—: ¡Estupenda! —dije, cuando acabé, pero entonces me di cuenta de que Grace no había tocado la suya.

Sus hermosos ojos me miraban con expresión aterrorizada y sus labios temblaban visiblemente. Cuando, por fin, pudo articular palabra, tartamudeo:

— ¿Es... es usted... un... un brujo...?

— ¿Quién? ¿Yo? —me eché a reír—. Nada de eso. Usted pidió una cerveza y me he limitado a servírsela. ¡Beba! Esta riquísima. No le pasará nada. ¿No ve cómo yo me la he bebido?

No estaba muy conforme del todo Grace, pero concluyó por mojar los labios. Sin embargo, no pudo concluir y depositó la jarra sobre el césped.

— No sé qué pensar de todo esto, Trípp. Ha bastado con que yo deseara una cosa para tenerla al momento. Estamos en una era de adelantos, pero, con toda franqueza, todo esto me parece demasiado.

— Y a mí también. —dije sin darme cuenta.

— ¿A usted también? —repitió ella.

Me maldije en mi interior por aquel patinazo. Había comenzado a pensar que con el translator en mis manos era el hombre más rico de la tierra. “Azote" me había dejado marchar, seguro de que cuando se me acabaran los dólares de la paga recién cobrada, volvería por allí con las orejas gachas, pero con aquel cachivache, ¡estaba fresco! Podía pedir billetes... No. Billetes no, porque a lo mejor me los daba con la numeración repetida. Lo que se me antojase. Todo lo que pidiera tendría en el acto,

— ¿También a usted le parece demasiado lo que ocurre?

— No. Nada de eso, Grace. ¿No se le antoja nada ahora, cerveza aparte?

Su bellísimo rostro adquirió una expresión maliciosa:

— He visto un traje de primavera en casa de Pierrot Ducaz, en la Quinta... ¡Un sueño!

Nuevamente me quedé sin aliento. ¡Pierrot Ducaz! Una sola palabra de el sobre modas valía cien dólares. Aquel vestido tenía que costar algo así como mi paga de tres años. Pero, no obstante, decidí hacer la prueba. Y volví a dirigirme a la maleta, telepáticamente.

— ¿Has oído a la señorita?

— Desde luego.

— Mira. Eso de llamarte translator es muy largo y fatigoso. Te buscaré

un nombre más breve y fácil de pronunciar. ¿Te parece bien "Joe"?

— O. K., chico —y por poco me caigo de espaldas al oír tan castiza contestación, pero logre reponerme, dándome cuenta de que la muchacha me observaba cuidadosamente.

— Entonces, "Joe", ¡adelante! Tráete ese vestido para acá.

Todavía no había terminado de hablar, cuando ya estaba allí aquel sueño de una tarde de primavera. Observé a Grace y vi que cerraba los ojos, llevándose ambas manos al pecho, como si quisiera evitarse un desmayo, para abrirles al cabo de un minuto.

(A cincuenta millas de allí, un excitado modisto estaba arrojando por su boca un torrente de palabrotas que, a buen seguro y de haberlas escuchado las más empingorotadas damas que constituían su clientela, se hubieran desmayado ipso facto).

— ¡Es un sueño! —exclamó Grace cuando por fin pudo hablar.

— ¿A qué espera para probárselo? —dije—: Estoy seguro de que tiene sus medidas exactas. Váyase detrás de aquel grupo de álamos.

Cuando volvió, me levante muy despacio. ¡Santo Dios! ¡Qué hermosura! En mi vida había visto nada igual, y ella se dio cuenta de mi admiración, porque se ruborizo intensamente. Pero en aquel momento, "Azote” me llamó:

— ¡Tripp! ¡Vente para acá! ¡Te necesito!

Moví con la lengua el interruptor de la emisora que tenía incrustada al final del maxilar superior, y mascullé:

— ¿No se ha enterado aún de que me he despedido?

— Tú te has despedido —la voz de mi jefe sonaba en el receptor que tenía incrustado quirúrgicamente en la apófisis mastoidea—. ¡Pero yo no te he concedido el cese! De modo que deja todo lo que tengas entre manos y vente para acá.

— No me va a decir que nos están invadiendo los marcianos, platos voladores y todas esas zarandajas, ¿verdad? —me burlé de él con todo descaro.

— Tú lo has dicho, Tripp —y estuve a punto de caerme de espaldas, pues sabía que "Azote" no bromeaba jamás. En un segundo relacione

sus palabras con el teniente de "marines" y con mi amigo "Joe", y me dije que la cosa tema que estar al rojo vivo cuando mi jefe me llamaba.

— Esta bien —repuse de muy mala gana—. Iré en cuanto pueda.

Pose mí vista con harta melancolía en aquella figura que tenía a un paso:

— Lo siento, Grace. Me llaman.

— Tripp, no se quien es usted, pero hay veces en que creo en la magia de los antiguos. ¿Con quién hablaba ahora?

— Con un granuja que no es ni más ni menos que un capataz de esclavos y que ahora reclama mi presencia. Voy a salir a la carretera a detener el primer coche que pase, Por más que... —y miré a "Joe". —No me hará falta.

Me incline tratando de tomar la maleta aquella y comprobé que podía llevarla, aunque pesaba demasiado, por lo que le dije:

— Escucha, "Joe". ¿No te importaría ponerte una funda de cuero con asas? Eres muy incómodo de llevar de esta forma.

Se forró de cuero en un instante, y tomé el asa con una mano y el brazo de la muchacha con la otra.

— ¡Vamos! —ordené.

— ¿A dónde, Tripp? La casita de mis hermanos esta muy cerca de aquí. No tengo por qué ir con usted.

— Hay peligro, Grace. Y más grave de lo que usted se supone.

En aquellos momentos sus ojos se dilataron y su boca se abrió. Estoy seguro de que gritó, grito horrorizada, pero no vibraron sus cuerdas vocales a causa del mismo espanto que la poseía, y que me invadió a mi cuando vi lo que provocaba el miedo de la muchacha.

CAPÍTULO II

Comprendí instantáneamente los motivos por los que Grace estaba temblando de miedo, porque también mis piernas se hicieron de gelatina. Y, la verdad, había motivos para ello.

Saliendo de un pequeño grupo de álamos, un horrible ser se había detenido ante nosotros, a unos diez metros de distancia, mirándonos con sus dos ojos, enormes, vítreos, compuestos de treinta o cuarenta celdillas cada uno.

Tenía algo más de dos metros de estatura. Casi negro, brillante todo su estrafalario cuerpo, en el que la cabeza era una perfecta esfera, con dos antenas cortas, rectas, sin narices, con una raya blanquecina en el lugar de la boca, con un tubo articulado en lugar de cuello. Sus piernas eran parecidas a las de las antiguas armaduras, también articuladas, pero no era esto lo que nos aterrorizaba.

Sus brazos eran unos brazos largos que, al igual que los de los gorilas, tocaban al suelo. Pero no tenía manos, sino unas tremendas tenazas, muy parecidas a las de los crustáceos, y que resonaban al entrechocar entre si, cuando el monstruo las movía, seguramente en la irritación que le poseía, produciendo un ruido metálico inimaginable.

Ví en cada mandíbula de aquellas manos —si es que merecen ese nombre— un líquido rojizo, que de momento me pareció sangre. Pero no tuve mucho tiempo para fijarme en ello, porque la bestia aquella lanzó una especie de rugido, en el que no deje de observar ciertas modulaciones, como si fuera un lenguaje extraterrestre, y acto seguido se lanzó hacia nosotros, haciéndonos retroceder más que de prisa.

Nos tiró un viaje. ¡Cielos! Si nos alcanza, nos corta por la mitad con la

misma facilidad que ustedes cortan un bloque de mantequilla con el cuchillo del desayuno matutino. Pero, aunque poco, éramos algo más ligeros que él —más tarde supimos los motivos, cuando concluyó aquella espantosa pesadilla— y logramos esquivarle.

El zarpazo no nos alcanzó a nosotros, pero si a un álamo, cuyo tronco tendría de cualquier forma cuarenta centímetros de espesor. Pues bien, lo segó como si se hubiera tratado de un débil tallo, y, por fortuna para nosotros, le cayó encima.

¿Le aplastó? ¡Quiá! Se desembarazo de él con una fuerza que jamás hubiéramos sospechado en él, echándolo a un lado como si fuera una simple paja de refresco, y levantándose, chirriando atrozmente por aquella bocaza, se arrojó nuevamente sobre los dos.

El bicho aquel era inteligente. Las celdillas de sus ojos, sin pupilas, exagonales, eran habitualmente blancas, de un blanco brillante, como si estuvieran animadas de un brillo interior, pero con toda seguridad la cólera de que estaba poseído hacía que cambiasen, por grupos, de colores. Esto me dio la idea de que sus sentimientos, al carecer de movimientos sus músculos faciales, si es que los tenía, eran expresados por la variación de tonalidades en los órganos de su visión.

— ¡Corre, Grace! —con el miedo que estaba pasando, no me di cuenta de que la tuteaba, y no me hizo falta repetirle la orden. La muchacha voló y yo trate de seguirla, pero en aquel momento "Joe" se me enredó entre las piernas y caí al suelo.

El monstruo cargo sobre mí. Extendió sus manazas, aquellos alicates, y me vi perdido, convertido en "confetti”. En aquel preciso momento me di cuenta de que tenía algo en la mano:

— ¡"Joe”! ¡Una superpistola!

Se materializó en el aire instantáneamente.

(A media milla de allí pasaba la carretera. Un policía de tráfico soltaba una interminable retahíla de blasfemias al comprobar que su pistola se le había caído en algún momento del recorrido y, montando de nuevo en su átomocicleta, daba media vuelta con la vista fija en el suelo, para ver de recuperar el arma).

Empuñándola con decisión, apunte hacia la bestia.

No hay nada más mortífero que una superpistola. Es liviana, pero enorme, doble casi que una de las antiguas de pólvora, y aunque sus

proyectiles no son atómicos, si lo es el medio de impulsión, pero están construidas de tal forma que no sufren el menor movimiento al disparar, con lo que la puntería es perfecta y sus pesados proyectiles, de dos centímetros de espesor, capaces de matar a un hombre, solamente con que le toque en un hombro. Pero aquella fiera...

Atronó el aire la primera detonación. Una tras otra, veinticuatro pesadas balas salieron por el cañón, acribillándolo materialmente, haciéndole volar por el aire los fragmentos de su cuerpo. La cabeza, los brazos, las piernas, el abdomen, saltaron en repugnante cascada, derramando por el suelo su viscoso contenido, del que se elevó un olor fétido, insoportable, que me obligó a salir huyendo al instante, sin abandonar por eso a "Joe” ni a la pistola.

Lanzó Grace un chillido de horror cuando sintió pasos tras ella. Procuré tranquilizarla.

— ¡Soy yo! No tengas miedo. Lo he matado.

La muchacha se abrazo a mí, convulsionándose sus hermosos hombros que el nuevo vestido, proporcionado por "Joe" tan galantemente, dejaba al descubierto, y durante unos momentos sentí la cálida gloria de su maravilloso cuerpo junto al mío.

— ¿Qué... qué era eso, Tripp? —me dijo, cuando al fin logró serenarse.

— No te lo debiera decir, Grace, pero ya que lo has visto, quiero que lo sepas. Ese animal, ese ser, no es de este planeta. Ha venido de otro mundo.

— ¡Oh! ¡Qué espanto, Tripp!... ¿Es... es verdad lo que me estas diciendo?

La expresión de mi rostro estaba completamente de acuerdo con la situación:

— En mi vida he dicho nada mas cierto, aparte, claro esta, de que eres la muchacha mas bonita que he visto jamás.

Aún tuvo humor de sonreír a través de las lágrimas que todavía no habían huido de su rostro.

— Eres muy amable, Tripp. Y ahora debo volver a casa de mis hermanos. Estoy allá, con ellos, pasando una temporada, pero me parece que voy a volver a mi oficina de Denver cuanto antes.

— Te acompañaré, Grace. No quiero que aparezca otro bicho de esos y vuelva a asustarte... ¡Perdón! —exclamé al ver de nuevo en su cara un gesto de terror—: Soy un bruto, no debí habértelo recordado.

Caminamos unos cuantos centenares de metros, de repente nos detuvimos, helados, rígidos. Me expliqué por qué el monstruo llevaba sangre en sus tenazas.

Aquel pescador a quien "Joe" le había arrebatado tan limpiamente sus bártulos, estaba en el suelo, empapado el verde césped con la sangre que le había brotado del decapitado cuello.

Detuve a Grace:

— ¡Quédate aquí y no te muevas! Vuélvete de espaldas.

Lo hizo, obediente, en tanto yo me acercaba al cuerpo, examinando con atención cuanto pudiera darme una pista, aunque, ¿para qué? Conociendo ya al autor de aquello, ¿qué es lo que me podía decir el césped aplastado por muchos sitios, hundida la capa vegetal del suelo dos o tres centímetros?

Esto me dio la idea de que el animal o el ser extraterrestre —yo me inclinaba mas hacia esta hipótesis— era pesadísimo, a pesar de lo cual se movía con más agilidad de lo que era de esperar, pero observando con más detenimiento pude adquirir la certidumbre de que no era, por el momento, mas que uno solo, lo cual no dejaba de constituir un alivio, considerando que ya estaba eliminado.

Me di cuenta entonces de que llevaba la pistola metida en la pretina del pantalón, pero que era más ligera que nunca, lo que me hizo recordar que había agotado las municiones. Nuevamente había que echar mano de "Joe”, que se mostró tan complaciente como de costumbre.

(En el almacén de material de la Jefatura de Policía de Nueva York faltaron repentinamente veinticuatro proyectiles. Claro es que como había tantos, nadie los echo en falta).

Mi pistola aumento consoladoramente de peso, volví sobre mis pasos, cogí a la muchacha y procure dar un rodeo.

— ¿Vives muy lejos de aquí?

Denegó con la cabeza:

— A unos doscientos metros —y me indicó la dirección, en cuyo momento, y como si ambos nos hubiéramos puesto de acuerdo, palidecimos hasta quedar más blancos que la falda del vestido que llevaba ella.

¡La casa donde vivían sus hermanos estaba en la misma dirección en que había venido aquel ser!

Nos detuvimos veinte metros antes. También aquello constituía un espectáculo. Había sido una hermosa casita, en blanco y rojo, de una sola planta, y ahora los marcos de las persianas, las puertas trozos enteros de pared estaban arrancados, astillados, reducidos a fragmentos, como si un ciclón hubiera pasado por allí.

Pero, ¿qué huracán había capaz en el mundo de conmover una casa construida enteramente con *vitralum*, aquella indestructible mezcla de vidrio y aluminio, con una pequeña cantidad molecular de acero? Solamente aquella bestia que había llegado de otro mundo podía haber causado tales destrozos.

Nos detuvimos, como ya he dicho. Vi claramente que Grace estaba como conectada con una corriente eléctrica, temblando toda ella de pies a cabeza, sin llorar, sin gritar, en vísperas inminente de un ataque de nervios, presintiendo algo espantoso, algo sin nombre. Vi que en cualquier instante su voz se iba a quebrar en alaridos, y dejando a "Joe" en el suelo, la así por ambos hombros, dispuesto a evitarlo.

Afortunadamente para mí, y mucho mas para ella, no ocurrió así. Giró un momento los ojos, los puso en blanco y los cerró a continuación, lanzando un hondo suspiro al mismo tiempo que sus rodillas se doblaban.

La deposite en el suelo, dando gracias a Dios por aquel providencial desmayo. Volví a tomar a "Joe” por el asa y, sacando la pistola me decidí a avanzar.

No me gusta extenderme en detalles truculentos ni horripilantes, pero aquello sobrepasaba a cuanto había visto en mi vida, y había presenciado algunas catástrofes de las gordas. Recuerdo que cuando estalló aquella planta atómica de Oak Ridge... Pero, no.

Ustedes leyeron los periódicos y lo saben tan bien como yo. Fue algo horroroso; no tanto desde luego como el ver a toda una familia, un matrimonio y sus tres niños, exterminados ferozmente, en tanto que el interior de la casa estaba totalmente de acuerdo con el exterior.

Cuando salí me tuve quo sentar en el suelo. Mis piernas eran incapaces de aguantarme.

— ¡"Joe”! ¡Tráeme una copa!

(Menos mal que en esta ocasión el propietario del "“whisky" no protestó. Llevaba demasiado alcohol en el cuerpo para darse cuenta de que se le había esfumado el vaso, y se limito a pedir otro).

Me hizo mucho bien, por lo que me acerque a Grace y me la llevé lejos de aquel lugar de muerte. Y cuando abrió los ojos, no tuvo necesidad de mirarse en los mios, para saber la triste suerte que habían corrido sus familiares. Lloró abundantemente, sentados los dos, apoyada su adorable cabeza en mi hombro. Lloró hasta que la fuente de sus lágrimas se secó, y entonces alzó sus ojos:

— ¡Qué horrible, Tripp! —exclamó—. ¡Mis pobres hermanos! ¡Los niños! ¿Qué espantosa calamidad nos amenaza?

— No lo sé, Grace. Lo cierto es que alguien que no ha nacido en la tierra esta aquí. Lo de los platos voladores se ha hecho realidad, y ya has podido ver las intenciones que han traído. Por cierto...

— ¿Qué es ello, Tripp? —me pregunto ansiosa.

— Me olvidaba de comunicar con mi jefe —y acto seguido oprimí con la lengua el contacto del transmisor, sintiendo al instante la acre respuesta de "Azote".

— ¡Vaya! ¿De donde sales, vagabundo? ¿No te dije que vinieras para aquí inmediatamente?

— Creo que va a ser usted quien se decida a visitarme —le dije.

— No me vengas con murgas, Tripp. O vienes a verme inmediatamente o usaré el localizador y haré que te traigan amarrado a la fuerza.

Toda la conversación se desarrollaba por radio. Grace podía escuchar mis palabras, pero no, naturalmente, las de mi jefe, las que transcribo limpiándolas de broza. ¡Y que broza, Santo Dios!

— Escuche, "Azote". ¿No dijo antes algo de invasión de marcianos y platos voladores?

— Si, algo hay de eso —percibí un tono de precaución en su voz—.

¿Qué te ocurre ahora? ¿Has visto alguno de ellos?

— No sé si serán marcianos, pero su aspecto no es de estrella de cine tipo Lynne Hodge precisamente.

— ¡Escucha, Tripp! Si tratas de engañarme…

— ¡Haga lo que le dé la gana! Yo no me muevo de aquí, porque he visto uno, y no tan solamente lo he presenciado, sino que tengo un testigo de ello.

— ¿Quéee…? —por poco el grito aquél de mi jefe me destroza la apófisis mastoidea.

— Y eso no es todo, mi querido "Azote". Ha… —miré de reojo a Grace y tragué saliva antes de continuar—: Ha cometido crímenes. Seis muertos.

Sentí una serie de atroces juramentos. "Azote" perdía la compostura alguna vez, pero no era jamás para sonreír, sino para todo lo contrario y cuando tenía algún acceso de aquella índole, todos los que le rodeábamos teníamos que largarnos de allí.

— Tendré que ir yo en persona. ¿Dónde te encuentras?

Se lo dije, añadiendo a continuación:

— Espere un momento —y pregunte a Grace—: ¿Hay algún bar, algún establecimiento público por aquí cerca?

— Si —me contestó—: A doscientos metros, al lado otro lado de la carretera.

— Está, bien. "Azote", le esperamos en un bar que hay muy cerca de aquí. Traiga fuerza y superpistolas. . Puede que las necesite. Sólo hemos visto uno, pero no estoy seguro de que no haya más por estos alrededores.

— Pues el plato volador no ha caldo precisamente en ese lugar.

— Yo no lo sé. Me limito a contarle lo que he visto.

— Bien. No tardaré un cuarto de hora en estar con vosotros. Procura que no le pase nada al testigo. No quiero que crean que somos fabulistas o algo por el estilo. Se ha escrito ahora tanto sobre ese tema…

Miré a Grace y me levante, ofreciéndole la mano.

— Creo que te vendrá bien una taza de café, ¿no?

— Sí. Pero, ¿y eso? —señaló hacia “Joe”.

— Prefiero tomarlo en una barra, aparte de que tenemos que esperar allí a mi jefe. Escucha —dije mirándola—, quizá sea un poco frívolo por mi parte, pero debieras borrar esas huellas de llanto de tu rostro.

— Está bien, Tripp. Iré... ¡Oh! ¡No! —gimió—: A casa no.

Volví a calmarla, y cuando se serenó, procure animarle, sonriendo:

— ¿Para que tenemos aquí a "Joe"? —di unas palmaditas en el artefacto—: "Joe”, vamos a ver cómo te portas con la señorita y le traes una buena carterita con todos los adminículos necesarios para el retoque de su hermoso rostro.

¡Click! Surgió en las manos de Grace un bolso, que logró arrancarla una pálida sonrisa y, abriéndolo, comenzó a arreglarse un tanto.

(La propietaria del bolso estaba ocupadísima oyendo las amorosas frases de su galán, en el rincón de un bar, y si estaba en el cielo, no estaba en la tierra. Por lo tanto, ni siquiera cuando se levantó para irse, echó de menos el bolso).

La tomé del brazo. "Joe" iba siempre en mi mano izquierda. Aquel adminículo venido sabe Dios de dónde, era precioso para mí, y para quitármelo tendrían que arrancarme antes a tiras el pellejo. Cruzamos lo poco que quedaba de campo, dejando a nuestras espaldas, el teatro de la tragedia, y nos encaminamos hacia el bar, que por una extraña mueca del destino, tenía el título de "Space-Bar".

Nos sentamos allí, y pedí un par de tazas de café. No nos hallábamos en la barra, sino en una mesita, a diez o doce metros de aquella, en la que un par de clientes tomaban distraídamente sus consumiciones.

El caliente brebaje pareció reanimar a Grace, y viéndolo la pregunte:

— ¿Quieres que pida otro?

— No, gracias. Ha sido suficiente con éste.

En vista de lo cual, impaciente, pero sin demostrarlo, por ver cuanto antes a "Azote", comencé una garrula charla que no tenía otro objeto que apartar de la mente de la chica los posibles lúgubres pensamientos

que pudieran albergarse en ella.

Un hombre entró, con pesados andares, pero fuera de esto, no se diferenciaba del común de los demás. Su ropa era corriente, de *acetalum*, como casi todos nosotros, y se encaminó al bar, donde pidió algo que bebió inmediatamente.

Y en el mismo momento ocurrió algo increíble.

CAPÍTULO III

Se calcula que un hilo de *acetalum*, de un milímetro de espesor, puede sostener impunemente pesos superiores a la tonelada. En cuanto a duro lo es en índice superior al del acero, todo lo cual no obsta para que sea flexible en grado sumo, por lo que el descubrimiento de aquella fibra, que en su mayor parte estaba compuesta de acetato y aluminio —por eso se llama así: *acetalum*— fue una revolución de la industria textil.

Podía teñirse del color que se deseara, y si uno se encargaba un traje de aquel material, podía estar seguro que sus bisnietos lo encontrarían tan nuevo como el mismo día, en que salió de las manos del sastre, teniendo en cuenta que el promedio de la vida humana rebasaba ya los noventa y cinco años.

Pues bien, aquel hombre entró, y no se por que yo observé todos sus movimientos. Quizá, porque me recordaban los de "Azote". Le oí pedir con toda claridad una limonada o algo por el estilo, cosa que el "barman" se apresuró a servirle, y luego aquel tipo se llevó el vaso a la boca. Entonces estalló el traje, dejándome, por el momento, boquiabierto.

No era porque hubieran saltado las fibras de *acetalum* como si fueran débiles hilos de algodón, y ya había bastante motivo en ello para asombrarse. No. Nada de eso. Lo que motivó mi asombro fue que el hombre aquel, en una rapidísima mutación que duró escasamente cinco segundos, cinco dramáticos e intensos segundos, se convirtió en un duplicado de aquel ente, que yo habla destrozado muy poco antes a balazos. Naturalmente, al aumentar de tamaño, el traje tuvo que saltar hecho trizas.

De momento no pasó nada. Simplemente todas las conversaciones quedaron interrumpidas, con lo que el silencio más absoluto reino en el “Space-Bar”, coincidiendo además que la música habla cesado, pero esta calma fue rota por la voz de un borracho que se encontraba a su lado y que, en la mejor de las inconsciencias, se levantó del alto taburete, con ánimo sin duda de darle una amistosa palmadita en el nombro al monstruo, al mismo tiempo que exclamaba:

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Que se repita...!

Aquel extraño ser creyó que era atacado y lógicamente obró como debía hacerlo: extendiendo su garra izquierda, al mismo tiempo que lanzaba un rugido chirriante, que puso pavor en los ánimos de todos cuantos le escuchamos, y luego, abriendo aquella tenaza, que tendría muy bien un holgado metro de longitud, la cerró.

Al cuerpo del borracho le ocurrió lo que al álamo: quedó segado por la mitad, sin tiempo siquiera para lanzar un grito, cayendo los dos trozos en medio de un mar de sangre al suelo.

Y entonces ocurrió lo inesperado. La gente se dio cuenta de que aquello no era un truco publicitario del "Space-Bar", sino algo muy serio, y corrió, atropellándose hacia la salida, en un alud incontenible que, durante unos instantes, pareció como si fuera a arrollar a la bestia, en medio de un escándalo espantoso de gritos e imprecaciones. Pero el ser de otro mundo se rehizo prontamente gracias a su prodigiosa fuerza, y reanudó la matanza.

Entonces fue cuando reaccione yo, sin darme cuenta siquiera de que Grace estaba a mi lado, todavía sentada, pero contemplando aquel horror con los puños metidos en la boca, sin emitir un sonido, mas con unos ojos que parecían saltársele de las órbitas, y saque mi superpistola.

No podía disparar en la forma en que me hallaba. Demasiados cuerpos humanos, en su loca estampida, se interponían entre mi arma y el ser aquel, por lo que me puse en pie, de un salto, sobre el diván, y comencé a hacer fuego.

El primer balazo dio entre los dos ojos al cangrejo, y de haberse tratado de un hombre cualquiera le hubiera arrancado la cabeza de cuajo, pero a aquel bicho no le hizo otro efecto que agujerearle aquel esférico cráneo, por cuyo orificio comenzó a salir inmediatamente un espeso líquido amarillo verdoso, de una apariencia verdaderamente repugnante. Y en lugar de detenerlo en su loca furia homicida, lo

único que conseguí fue excitarlo todavía mas, porque, apartando con bruscos golpes, que hendían cráneos, segaban brazos y partían espinas dorsales con la misma facilidad que ustedes rompen el periódico del día, se vino hacia mí, aumentando el tono de sus chirridos, hasta, dominando ampliamente el horroroso tumulto, lastimarme seriamente los tímpanos.

Si me portara como un héroe de novela, diría que aquella ocasión era la que esperaba yo. Pero, diciendo la verdad, aguante el tipo porque no tenía otro remedio, y en consecuencia empecé a disparar como un energúmeno y conseguí detener a la bestia a menos de un metro del lugar en que nos hallábamos Grace y yo. Cayó casi sobre la mesita, que destrozó como si fuera de frágil chapa de madera y no de "vitralum", y haciéndonos marear a causa del espantoso hedor que despedía aquella extraña sangre suya.

Domine mis náuseas y mire a mis pies, pero en el mismo momento resonó un grito de la muchacha:

— ¡Cuidado, Tripp! ¡Más! ¡Allí...!

La gente, los pocos que habían salido ilesos, se habían ido ya, pero en aquel momento, una pareja de aquellos hombres—crustaceos aparecieron en la puerta, pero como no podían entrar los dos a la vez, recurrieron al expeditivo procedimiento de destrozar un buen trozo del muro, lo cual, de no haber estado tan "caliente", me hubiera congelados la sangre en las venas. Pero no me anduve con rodeos.

— ¡"Joe"! —llamé al translator—: Reponme las municiones a medida que las vaya gastando.

— De acuerdo, Tripp —contestó el maletín.

Aquello fue disparar y disparar hasta que los dos tremebundos seres volaron en pedazos por los aires, hasta que sus horribles gritos, tan semejantes a un gigantesco chirrido, cesaron de oírse, lo cual ocurrió cuando desaparecieron hechos añicos.

Respiré satisfecho, aguardando unos momentos por si algún compañero de los monstruos se le ocurría acercarse a ver lo ocurrido, pero no paso nada. Y entonces paseé mi mirada por el interior del bar.

¡Cielos, qué destrozos! No sólo en el mobiliario, sino en las personas. Sin exagerar, una docena de hombres y mujeres habían sido pasto de las tenazas del primero de los monstruos, y entre los que yacían destrozados se contaba el "“barman" que, valiente hasta el suicidio, se

lanzó sobre aquel ser con una botella de soda en la mano, sin conseguir otra cosa que perder la base de sustentación de su cabeza: quiero decir con esto que fue guillotinado sin tener siquiera tiempo de enterarse.

Entonces me di cuenta de que Grace, blanca, lívida hasta parecer casi azul su rostro, seguía a mi lado y, una de dos cosas: O había perdido la noción de lo que la rodeaba, a pesar de estar despierta; o bien se había acostumbrado en pocos momentos a ver catástrofes o tragedias. El caso es que no chistaba, pero tampoco íbamos la estarnos allí toda la vida, por lo que, una vez mas, la tomé en mis brazos, diciéndole perentoriamente:

— ¡Cierra los ojos!

No me olvidé, ni mucho menos de "Joe"; de modo que, pisando por encima de todos aquellos informes restos, salí fuera, a la carretera, y respiramos ambos hondamente la pura brisa que nos infundió una nueva vida a ambos, al llenarnos los pulmones con sus vivificantes soplos. Y en el mismo momento en que la depositaba de pie en el suelo, comenzaron a sonar las sirenas.

Una serie de potentes carros de asalto, de los doscientas toneladas con un montón de piezas de artillería en la torreta, de disparo y carga atómica; camiones y más camiones cargados hasta los topes de soldados; e incluso un par de escuadrillas de reactores volaban en grandes círculos por encima del lugar de la catástrofe, en tanto que sin cesar, uno de ellos se descolgaba del cielo, picando hacia la casa, con todas las armas de a bordo a punto de ser disparadas por si observaba algo raro.

Los dos jefes, el de las fuerzas militares y el de las de policía, acompañados por varios que debían ser de su Estado mayor o ayudantes, se vinieron hacia nosotros como balas, pero antes de que pudieran abrir la boca, un helicóptero cayó como un proyectil, deteniéndose allí mismo.

Se abrió la puerta, y "Azote", con otro de los suyos, se apeó, corriendo hacia el grupo a grandes zancadas. Alguien quiso detenerle, pero su tono al decirle "¡Apártese!" era tan seco, tan autoritario, que el pobre hombre quedó confundido, y en un salto concluyó de plantarse ante nosotros dos, mirándonos de hito en hito.

El coronel que mandaba las fuerzas quiso protestar:

— ¡Oiga...! —y se quedó como un polluelo cuando lo riñe su madre al

recibir la mirada de "Azote", pasándole tres cuartos de lo mismo al capitán de policía.

— Yo asumo el mando de todo esto —dijo simplemente.

El poli no pudo aguantarse más y estalló:

— ¿Quién es usted? ¿Acaso, en esta época de "Supers", un Superpresidente?

— Es probable —repuso "Azote", sin inmutarse, sacando algo del bolsillo y enseñándoselo a los dos, que se liaron a producir excusas en grandes cantidades. Pero mi jefe no les hizo el menor caso. Como si no existieran.

— ¿Qué ha pasado, Tripp?

Se lo contó en media docena de frases, como a él le gustaban los informes, terminando:

— Y, si no me cree, asómese ahí dentro y vera lo que ha ocurrido.

Antes de hacer lo que decía, miró al del orden público:

— Capitán, envíe unos cuantos de sus sabuesos a ver qué es lo que ha ocurrido en la casa de los hermanos de la señorita. El coronel le dará un par de carros y una compañía de soldados. Puede que le hagan falta. ¡Vamos adentro!

Me negué.

— Yo ya he visto bastante. O, ¿es que se cree que mi estómago también es de *vitralum*?

El acompañante de "Azote" salió medio minuto después. Se apoyó en el helicóptero, curvando el cuerpo y desalojó la comida de Navidad. "Azote" fue más circunspecto, pero hizo algo que no le había visto nunca: se sentó en el suelo, mirándole lastimeramente, hasta que por fin pudo hablar:

— Tripp, es algo horroroso. En mi vida había visto nada igual.

— Lo mismo me ha pasado a mi, "Azote". Y a Grace también, con la desdicha para ella de que ha perdido la familia.

— Tripp, esto es algo más grave de lo que nos suponemos. ¿Dices que cuando ese tipo entró en el bar vestía como tú y como yo?

— Si no le basta mi testimonio… —empecé, pero me interrumpió. "Azote" sabía que yo era siempre veraz en mis informes.

— No lo comprendo —musitó—. Viste como una persona normal y de repente se transforma en un monstruo, que debía ser horripilante a

juzgar por los miembros esparcidos que he podido apreciar.

Nuevas sirenas resonaron. Las ambulancias aéreas, que aparcaron, abriendo sus servidores las filas de los curiosos sin ninguna cordialidad, dirigiéndose con sus camillas al lugar de la carnicería. Un hombre con bata blanca marchaba al frente del ellos y "Azote” lo detuvo:

— ¿Es usted quién manda esto?

El médico, de mediana edad y aspecto inteligente, lo miró a través de los cristales de sus gafas:

— En efecto. Soy el doctor Ketchum, Philip Ketchum.

"Azote” lo miró con precaución antes de ordenarle:

— Sus hombres veran ahí restos de unos seres extraños que no pertenecen a la raza humana. Que los lleven al Hospital Central para ser analizados por los médicos que mandare yo.

— ¿Acaso duda usted de mi competencia? —se amoscó el matasanos —. Y, sobre todo, ¿quién es usted para dar esas órdenes?

“Azote” no se impacientó:

— ¡Coronel! —llamó—. Hágame el favor de decirle al doctor Ketchum que yo soy por el momento quien esta al frente de la situación y quien debe decidir lo que se puede y no se puede hacer.

Se convenció el médico y no insistió. Pero entretanto empezaban a pasar camillas y mas camillas con bultos cubiertos por una blanca sabana, "Azote" dispuso:

— Coronel, los restos de esos misteriosos seres irán en uno de sus camiones, que desalojará de tropa. Un carro de asalto irá delante, dos en los costados y un cuarto detrás, con orden absoluta, fíjese bien, de disparar contra todo lo que les ofrezca la menor sospecha de que puede atacarlos. Tres camiones más de tropa los seguirán y establecerán una fuerte guardia en el hospital.

— ¿Teme usted algo, señor? —preguntó solicito el militar.

— ¿Temer...? —"Azote" estaba haciendo cosas nunca vistas. ¡Había reído! Y cuando terminó la corta carcajada, plena de sarcasmo, dijo—: Estoy asustado, y no lo digo en broma, coronel. Créame. Lo mejor que

puede hacer es decir a sus hombres que tengan los ojos bien abiertos.

Dicho esto, sin preocuparse más del asunto, como si ya no tuviera nada que ver con él, se volvió hacia nosotros.

— ¡Venid conmigo! Fuera de aquí. Demasiado ha visto ya la chica; además, tengo que haceros una serie de preguntas.

Nos detuvimos detrás de un seto que nos ocultaba todo aquel horror a la vista. Se planto en jarras y me miró ceñudo:

— Vamos a ver, Tripp. Debiera darte una buena azotaina, pero nunca he sabido contener una cierta debilidad que he sentido hacia ti. Si no fuera así, debiera decirte que lo que mas me hubiera podido alegrar es que uno de esos hombres—crustáceos, como se llamen, te hubiera partido en dos. Pero no. No lo siento así, y, por el contrario, me alegro de que hayas sacado el pellejo indemne y que, además, te hayas portado como yo hubiera deseado. Cuando me mandaste a paseo —reconozco que con bastante razón— merecías unas buenas vacaciones. Te has tomado ocho días y te hubiera dejado dos semanas más sin decirte nada. Los acontecimientos se han precipitado y has tenido, hemos tenido que intervenir antes de lo que nos esperábamos. Pero, ¡por el amor de Dios, Tripp!, explícame una cosa.

— Diga —murmuré secamente.

— Cuando te marchaste de la oficina ibas sin armas. ¿De dónde mil diablos has podido sacar esa superpistola que te ha venido tan bien para liquidar a cuatro fieras. Y, ¿de dónde has sacado la munición suficiente? He visto muy poca cosa, pero no has necesitado menos de veinte balazos para cada fulano de esos. Explícame ese misterio.

— No es ningún misterio —repliqué simplemente—. Me la proporcionó "Joe".

— ¿"Joe"? ¿Quién es ese “Joe"? ¿Acaso algún amigote tuyo que no conozca?

Moví la cabeza, y empecé a reírme por dentro:

— Nada de eso. "Joe” es éste —y señalé la maleta.

"Azote" respiró.

— ¡Ah, vamos! Quieres decir que en esa maleta la llevabas, junto con un pequeño equipo de aseo, ¿no es así?

Miré a Grace y vi en su rostro la sombra de una sonrisa.

— Nada de eso, "Joe" me proporciona lo que le pido, solamente con pedírsele. ¡Mire! —y abrí el maletín de cuero, enseñándole el brillante bloque verde plata, que refulgió como una enorme joya.

Lo volví a cerrar inmediatamente, gozándome con el asombro de "Azote" que, no obstante, volvió a recuperarse al momento.

— ¿Quieres decirme que eso —y subrayó la palabra—, te ha proporcionado la pistola? Mira, Tripp, si crees...

— Yo no creo nada. Me limito a contar cuanto veo. Vamos a hacer una prueba. ¿Qué es lo que le gustaría tener a usted ahora mas a mano?

No lo pensó mucho y yo me sabía de antemano lo que iba a pedir.

— Mi pipa. Bien cargada del tabaco que a mi me gusta, y encendida por más señas.

— ¿A qué esperamos, “Joe"? —la orden, naturalmente, fue dada telepáticamente, y no había concluido de "decirlo”, cuando ya "Azote" había abierto mucho los ojos al contemplarse en las manos aquel artefacto, con el cual, en aquella época de higiene y cigarrillos desnicotinizados, horrorizaba a todo el mundo que se ponía a tiro de sus bocanadas de humo.

— ¡Cielos! —exclamó, y durante unos momentos no dijo mas, ocupado en tirar de la pipa furiosamente. Luego recobró el habla—: ¿De dónde has sacado eso, Tripp?

También tuve que contárselo, aunque de muy mala gana. Mis sueños de vivir una felicísima y tranquila existencia a costa de "Joe”, estaban empezando la convertirse en sueños completos, es decir, se me esfumaban.

— Pues... —el cerebro de "Azote" trabajaba a setenta atmósferas—. Oye, Tripp, ese artefacto podría servirnos de mucho, ¿No te parece?

— Es probable —dije con toda cautela—. No me agradaba la idea de que "Azote” considerara a "Joe” como elemento esencial en la lucha contra aquellos raros entes extraplanetarios, y el solo hecho de pensarlo me producía angustias de muerte.

— ¡Claro! Si a ti te proporcionó una superpistola con sólo pedírselo, a mí la pipa, y a Grace el vestido que se le había antojado, a nosotros

nos dará todas las armas y las informaciones que le pidamos.

— Sí. Pero no aquí. Hasta que estemos en su oficina, no quiero hacerle la menor pregunta. Compréndalo, "Azote".

Me miró maravillado.

— Tienes razón, muchacho. Es una idea que no se me había ocurrido. No sabemos los medios que tienen esos hombres para comunicarse entre sí, ni tampoco sabemos si en estos momentos nuestra conversación es escuchada. Lo mejor sera irnos para allá, y aguardar el informe médico sobre los restos.

Me incliné y tomé a "Joe". Luego pregunté:

— Grace, ahora estas sola. Las circunstancias, como puedes apreciar, son bastante difíciles, y esta palabra es un delicado eufemismo para definir la situación. Aunque soy soltero, la señora McTilton te acogerá en su casa, donde vivo yo, con todo cariño.No tienes que preocuparte de nada mas. ¿Quieres venir?

Apoyo una mano en mi brazo, sonriéndome dulcemente.

— Gracias, Tripp. Eres muy bueno. Creo que no tendré otro remedio que aceptar.

— ¡Viva! —exclamé, tomándola de la mano, sin cuidarme poco ni mucho de lo que refunfuñaba "Azote", misógino declarado, acerca de las complicaciones que proporcionan siempre las mujeres.

Echamos a andar, pero en aquel momento "Azote" se detuvo. Nos paró con un súbito ademán. Luego elevó su vista al cielo.

— ¿Qué pasa? —empecé a decir, mas la sangre se me heló en las venas.

¡Un avión de los que estaban patrullando por el cielo picaba sobre aquel lugar!

Los militares se debieron dar cuenta de lo que ocurría también, porque noté el tronar de los cañones de los carros de asalto, dispuestos para tiro antiaéreo, pero a pesar de todo, el aparato, imperturbable, continuó descendiendo, provocando con su roce con las capas atmosféricas un agudísimo y atormentador silbido.

— ¡Corred! ¡Corred como nunca! —gritó "Azote”.

En aquel momento un objeto obscuro se desprendió del vientre del avión, cayendo con velocidad fulmínea a tierra.

— ¡Al suelo! —grité y empujé a Grace sin ninguna consideración.

CAPÍTULO IV

Cesó el silbido del avión cuando éste salió del picado, tras arrojarla bomba a tierra. Pero, afortunadamente para nosotros, no iba dirigida a aquel lugar, sino hacia donde estaban los cadáveres de la familia de Grace custodiados por los soldados y los policías. Y apenas se remontó el aparato, el sol se instaló sobre la superficie la Tierra.

No hizo mucho ruido. Las bombas térmicas no lo hacen. Se contentan con despedir una enorme cantidad de calor que materialmente hace hervir el suelo produciendo una llamarada de poco radio, pero tremendamente deslumbradora y que, a pesar de estar tendidos, con los pies en dirección al lugar donde habla hecho explosión, con los ojos tapados por los brazos, en puro movimiento de instintiva defensa, nos taladró los párpados, produciéndonos una ceguera momentánea que nos hizo sentir la sensación de que la noche había sustituido al día. Menos mal que sus efectos se pasaron pronto, pero ello nos impidió ver cómo uno de los proyectiles, disparados antes de explotar la bomba, daba de lleno en el aparato y lo convertía en algo mucho más pequeño que la lluvia de arroz que tradicionalmente se arroja sobre los recién casados.

Poniéndonos las manos sobre los ojos, entrecerrándolos, pudimos ver parte del panorama que se nos ofrecía a la vista. Todo se había consumido en un segundo, y ni siquiera se alzaba el humo de los incendios de los árboles y de las plantas, abrasados instantáneamente. Aquellas bombas térmicas tenían la curiosa propiedad de devorar todo cuanto caía en su radio de acción. Fuera de él, no se notaba apenas nada, como si una cáscara cubriese el foco calórico. Por eso no nos ocurrió nada, puesto que, de haber sido una bomba atómica, no estaría aquí para contarlo.

— ¡Ira de Dios! —juró "Azote”—. ¿Quién...?

Pero no pudo terminar de formular la pregunta. Alguien corría hacia

nosotros, pálido, demudado por completo. El coronel, quien luego supe se llamaba Perkins, que no demostraba mucha ilusión en sus frases:

— ¡Los han...! ¡Han sido destruidos! ¡Un cañonazo! ¡El camión volado!

— ¿Qué dice usted? ¿De que diablos esta hablando? —inquirió rudamente "Azote", pero yo ya sabía, sin haberme movido de allí lo que había pasado.

— No se moleste, jefe. El camión que llevaba los restos de los monstruos ha sido destruido. ¿No es eso lo que quiere decir, coronel?

Me dedicó una breve sonrisa de agradecimiento.

— Eso es. Acaban de comunicármelo por radiovisión. Uno de los pilotos que sobrevolaban el convoy vio unos fogonazos e inmediatamente desapareció el camión, así como los tanques de la escolta.

— ¡Vamos allá! —exclamó decidido "Azote". Tenía sus inconvenientes, pero no tenía la desventaja de la cobardía. No. Nunca se pudo decir de él que había temblado ante cualquier peligro, fuera el que fuera, Por eso había llegado donde llegó.

Nos montamos todos en su helicóptero, incluido el ayudante que se había traído, y antes de cerrar la portezuela, todavía tuvo tiempo de gritarle al coronel:

— Acordone toda esta zona. Pida documentación y, si algunos se resisten, que sus hombres hagan fuego sin compasión. A partir de este momento y en un radio de veinte millas, queda declarada la ley marcial.

— Si... si, señor —todavía estaba saludando, sin reponerse del susto, cuando mi estómago amenazó quedarse en el suelo, al ascender fulminantemente el helicóptero, empujado por sus toberas que soltaron chorros de incandescentes gases, avanzando luego en dirección horizontal con tremenda velocidad, lo que hizo que en pocos minutos nos halláramos volando sobre el lugar del desastre.

Descendió nuestro piloto, y solamente entonces, al tener que separarnos, me di cuenta de que durante todo el rato había estado rodeando el talle de la muchacha con mI brazo, sin que por su parte hubiera habido la menor queja.

Un capitán con tres o cuatro hombres más, todos ellos armados hasta los dientes, nos detuvo con cara de muy pocos amigos, pero el talismán que usaba "Azote" surtió una vez mas sus mágicos efectos.

— A sus órdenes, señor.

Yo me pregunté por que estaban a tanta distancia del desastre, pero un hombre que corría hacia hacia nosotros con un objeto en la mano se encargó de aclarármelo en seguida. Dio media vuelta a una llave e inmediatamente una lamparita roja empezó a titilar rápidamente, al mismo tiempo que un chirrido salía del interior del contador Geiger.

— ¡Fuera de aquí! —aulló—. ¡Zona contaminada!

Aquello obró como un revulsivo en todos nosotros. Por lo visto los carros atacantes hablan usado proyectiles atómicos y el centro de las explosiones era un terreno calcinado por completo.

Corrimos durante un buen rato, hasta que el índice de radioactividad empezó a decrecer. Nuestro helicóptero también fue apartado de allí, y entonces el hombre del Geiger hablo, dirigiéndose a los militares.

— ¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

— Unos quince minutos. ¿Por qué? —preguntó muy sorprendido el capitán.

— Váyanse. Váyanse usted y sus hombres y sométanse a una cura de descontaminación en el primer hospital que encuentren. Esa zona esta "caliente” en demasía.

Era una poética paradoja lo del calor de la radioactividad, porque no se siente siquiera, pero de esa forma se expresa cuando un sujeto, un objeto, un trozo de terreno ha sido víctima de los efectos de una explosión nuclear y se encuentra contaminado.

El Capitán miró con aprensión al que manejaba el contador y abrió la boca, como para replicar, pero no lo hizo. Se dio cuenta de que sus soldados, perdida por un instante la disciplina, corrían hacia un camión y echó detrás de ellos, de tal forma que no pudo por menos de provocarnos la carcajada. Entonces el hombre del Geiger se presentó:

— Doctor Billings, Marius D. Billings. ¿Qué tal?

Le estrechamos las manos y cuando me tocó el turno le pregunté:

— ¿Qué hace usted por aquí, doctor?

— ¡Oh! Tengo un laboratorio no muy lejos de aquí, en el que manejo con frecuencia substancias radiactivas. Las explosiones me sorprendieron afortunadamente lejos, pero como por mi profesión no dejo el contador ni para dormir, se me ocurrió utilizarlo. Costará mucho descontaminar ese trozo de terreno, Y a propósito, ¿qué es lo que ha pasado?

Era un bonito espectáculo el de nuestros rostros contemplando el cielo, en el que ya empezaban a palidecer las estrellas. Billings se dio cuenta de las pocas ganas que teníamos de contestarle y, hombre discreto al fin, no quiso insistir.

Los faros de un "jeep" nos deslumbraron por un segundo, y luego el vehículo frenó en seco delante de nosotros. Un hombre, ágil a pesar de haber rebasado la cincuentena ampliamente, alto, enjuto, verdadera estampa del soldado profesional se dirigió como un huso hacia nosotros:

— ¡Buenas tardes, señores! Soy el general Markson, encargado de todas estas fuerzas. Se me ha dicho que debo obedecer en todo las órdenes de cierta persona. ¿Quién es?

— Yo —exclamó "Azote” sin jactancia, pero con absoluta seguridad en su acento—. Ya se lo dije al coronel Perkins: en toda esta zona esta declarada la ley marcial.

— ¿Puede decirme de qué se trata, señor? —Un hombre que manda en una división o mas, y que declara el estado de guerra por su cuenta, tiene que ser una persona importante a la fuerza y el convencimiento de esto se reflejaba el respeto de las palabras del general. "Azote" no se envaneció con el mando con que habla sido investido, y se lo contó lisa y llanamente.

— ¡Increíble! —fue el único comentario de Markson, pero en aquel momento el aparato de radiovisión del "jeep", que sin duda debía estar conectado resonó, sumiéndonos, por un instantes, a todos en el mayor de los asombros, tanto que Grace no se pudo contener y se aferró a mi brazo temblando una vez más en aquella horrible tarde, que tan maravillosa se había auspiciado y se había convertido en un sangriento crepúsculo.

— ¡Auxilio...! ¡Por favor...! —sonaba la voz bastante débil—. ¡Vengan... a soco... a socorrerme...!

— ¿Quién es usted y dónde esta? —preguntó el general.

— Soy... el conductor O'Leach... De uno de los carros... ¡Por favor...! —el modo de implorar era verdaderamente patético y noté claramente los estremecimientos que los sollozos provocaban en el cuerpo de Grace.

Calló la voz, durante unos minutos angustiosos y luego volvió a resonar:

— Por... por el amor... de Dios! ¡Un poco... un poco de agua...!

De repente sentí un impulso irresistible dentro de mi y pedí:

— ¡Un traje aislante! ¡Pronto! ¿Lo han traído sus hombres en sus equipos, general?

— Si, pero, ¿qué se propone?

— Necesito interrogar a O'Leach. Saber qué es lo que ha ocurrido con toda exactitud.

Los ojos de "AzOte" me miraron aprobatoriamente:

— Anda, hijo. Ten mucho cuidado, no sea que todavía ande por ahí alguna fiera de esas.

— No pase cuidado —reí—. Tengo a mi lado a "Joe".

Grace me oprimló nerviosamente el brazo, suplicándome:

— ¡Por favor, Trlpp!

— No pases cuidado, Grace. Volveré.

Vinieron unos soldados con un traje aislante, pero en el mismo momento el doctor Bllllngs que hasta entonces habla permanecido silencioso se adelantó un paso:

— Me ofrezco a ir yo también. El desgraciado pudiera necesitar mis cuidados.

— Bien hecho, doctor —aprobó "Azote"—. Vístase pronto.

Antes de cinco minutos ya estábamos embutidos en aquellos pesados trajes que no dejaban pasar, construidos a base de plomo, ninguna de las mortíferas radiaciones procedentes de la disgregación del plutonio.

También los cristales de la escafandra tenían su buena dosis de dicho metal, resultando un tanto azulados, pero provisto el médico de una potente linterna, veíamos perfectamente, en tanto que mi diestra no soltaba ni por soñación la superpistola.

A medida que íbamos avanzando, lenta, pero seguramente, aumentaban los chirridos del Geiger. La radiactividad era ya mortífera y un individuo que permanecía allí un par de minutos moriría inexorablemente al cabo de unas semanas.

El plutonio introducido en el cuerpo penetra rápidamente hasta la médula de los huesos. No hay nada a hacer; la víctima esta lista. Los neutrones se extienden por todo el cuerpo, ionizando los tejidos. Trasmutando los átomos en isótopos radiactivos, destruyendo y matando. La dosis fatal es increíblemente pequeña; una masa de una décima parte de un grano de sal de mesa es más que suficiente; una dosis bastante para penetrar por el mas ligero rasguño. Y el pobre O'Leach se había encontrado en medio de una o varias explosiones nucleares, con lo que no cabía esperar que se salvara. Lo inverosímil es que viviera todavía, pues a través de los transmisores—receptores que llevábamos en los trajes de aislamiento, se oía su voz, de vez en cuando y cada vez mas débil.

El contador emitía ya un pitido continuo. Ni si—quiera parpadeaba ya la lamparita, encendida constantemente. La luz de la linterna que llevaba el doctor giraba incansablemente buscando al infortunado O'Leach, hasta que al fin, en medio de un

montón de planchas retorcidas, abolladas, quemadas,

lo descubrimos.

Nos arrodillamos a su lado. El agua que le habíamos traído estaba contaminada, pero, ¿para que privarle de uno de sus últimos consuelos? Bebió largamente, en tanto que el doctor me miraba meneando la cabeza con pesimismo. No me dijo nada, pero de sobra comprendí que los minutos del pobre conductor estaban contados.

— No sé... no se cómo ocurrió... Yo... yo iba en el carro de cola cuando... cuando el de la izquierda hizo... girar su torreta y la encaró al camión que... escoltábamos. Desapareció en un segundo... en tanto que nosotros...

Desfalleció la voz de O'Leach y durante un momento temí que hubiera muerto. Pero un trago del coñac que había traído el doctor lo reanimó bastante para continuar más coherentemente.

— No nos dio tiempo a nosotros siquiera de usar nuestros cañones... El jefe de carro, como todos, estaba estupefacto. Ni siquiera se acordó de aislar el tanque contra las radiaciones... pero hubiera sido igualmente inútil. Intentamos reaccionar... y el tanque de cabeza también pareció volverse loco... Nos alcanzó de lleno y gracias al blindaje resistimos.

Pero el otro también nos disparo... y saltamos por los aires... Todavía no se cómo vivo... Luego ocurrió algo espantoso. Los soldados que iban en los otros camiones... desembarcaron y se dispusieron a usar sus bazookas atómicos, pero no tuvieron tiempo. Y luego... lo más horrible, lo mas espantoso fue que... que los tres tanques se dispararon entre sí hasta desaparecer... hechos chatarra. Yo me salvé porque...

No sabríamos ya por qué se salvó. O'Leach había doblado la ennegrecida cara sobre el pecho, que concluyó su penoso jadeo, haciendo que el doctor y yo nos levantásemos apesadumbrados:

— Ha debido ser horrible —dijo, coincidiendo con el muerto—. La capacidad de resistencia del cuerpo humano rebasa a veces la realidad. Ese hombre ha estado soportando un infierno de explosiones y, sin embargo, ha vivido más de una hora. Una hora de infierno.

— Ahora descansa. Que lo sea en paz —dije con patetismo en mi acento, volviéndome, pero de repente, a mis espaldas sentí un ruido extraño, como de una tela que se rasga.

Me volví y me quedé paralizado. ¡Billings era uno de ellos! Se estaba transformando en monstruo y sus miembros desgarraban el traje aislante, en tanto que de su boca o lo que fuera salían aquellos rugidos tan raros, Pero ya conocía el modo de batirlos, con lo que empecé a disparar hasta que estuve seguro de que ya no me daría otro susto, y entonces comuniqué al improvisado cuartel general lo ocurrido, terminando:

— Poco queda del médico, pero es lo suficiente para analizarlo y estudiarlo. Envíen a alguien con trajes aislantes para recoger sus trozos. Yo me vuelvo.

Tuve que detener con un grito a Grace:

— ¡No te acerques! Aguarda a que me quite esto.

Cuando regresé, el general y "Azote" me miraban expectantes, tensos. Les conté todo lo ocurrido, incluyendo la transformación repentina del amable doctor Billings, y concluí:

— Seguro que me acompañó ex profeso, por ver si quedaba algún rastro de sus compañeros. Pero no comprendo por qué quiso atacarme. Podía haber seguido desempeñando su papel perfectamente o, en todo caso, lo que le sobraban eran trozos de plancha de acero para liquidarme y luego simular un accidente.

"Azote" me puso una mano sobre el hombro:

— ¡A casita, muchacho! Una buena cena, unas tazas de café, un baño y un sueño reparador es lo que os hacen falta a ti y a la chica. Y por el camino me contarás parte de lo ocurrido y mañana discutiremos algo más —se volvió hacia Markson—: Ya sabe como llamarme, general. No se olvide de usar, en caso necesario la clave nueve—siete—cero—cero—dos.

— Está bien, señor.

De repente me di cuenta de una cosa. El maletín en que llevaba a "Joe" tenía que estar infectado de radiactividad a la fuerza. No lo había soltado un sólo momento, y se lo dije:

— Tira esa envoltura y hazte con otra, "Joe". No nos convienes en esa forma.

Obedeció al instante, como un buen chico, por lo que los Geiger que nos salieron al paso no destellaron siquiera cuando nos dirigimos al helicóptero que se movió con tremenda velocidad hacia el centro de la ciudad, a la cual llegamos en contados minutos, sin que, durante el tránsito por las brillantemente iluminadas calles nos dijera otra cosa que todo el mundo, gracias a Dios, estaba perfectamente ignorante de lo que ocurría.

— Ven a primera hora a la oficina, Tripp —me dijo "Azote" al dejarnos en la puerta de casa.

— ¡Vaya! —le repliqué irónico—. Veo que ha cambiado de opinión.

— Ya sabes cual es la mía —dijo con tierna aspereza— Ten cuidado.

No dijo más, y se metió en el vehículo que partió raudo. Tras esto, tomé por el brazo a la chica, diciéndola:

— Bienvenida al hogar, Grace.

Subimos las escaleras, mi casa era una planta baja a dos metros escasos del suelo, y la señora McTilton nos acogió benévolamente. Pero hizo una objeción:

— No trae ninguna ropa la niña —todas las mujeres que tenían un año menos que ella eran niñas, según su pintoresco concepto.

Abrí la boca para decirle que "Joe" era un magnífico proveedor de toda clase de indumentaria, pero me callé. Lo consideré más prudente. No convenía divulgar mucho las maravillosas propiedades del translator, que deje inocuamente en mi habitación, pensando estaba fatigadísimo, en sostener una interesante conversación telepática con él en cuanto abriera los ojos, porque los cerré apenas dí las buenas noches a Grace, no sin soltar una carcajada al verla enfundada en un tremendo camisón, propiedad de la buena señora McTilton, en el que cabían dos más como ella. Pero es que tenía —y tiene, ¡caramba!— un tipo tan bonito...

Pensando en ella, me quedé como un leño.

CAPÍTULO V

— Escucha, "Joe", por el amor de Dios, ¿quieres decirme de una vez de dónde has venido?

Arrojé furioso el cigarrillo al suelo, al no recibir, una vez mas ninguna respuesta, y llevaba ya mucho rato sentado en la cama, vestido únicamente con el pijama, contemplando, discutiendo, rogando, amenazando, al reluciente bloque metálico, despojado de su cubierta de cuero, el cual, como es lógico, permanecía insensible, en el centro de la habitación.

Aquella extraña música, aquella melodía tan singular, que no se percibía fuera, sino dentro de mi cerebro, no había conseguido calmarme, sino excitarme, Pero no era la música, sino las reiteradas negativas del translator a confiarme su secreto. Y tras un montón de veces de repetirle la misma pregunta, harto ya, pensé si los sucesos del día anterior no habrían sido un sueño mío. Decidí salir de dudas:

— ¡Tráeme una taza de café! —ordené de no muy buen tono.

Ésta se materializó al instante en mis manos, lo cual me hizo sonreír satisfecho. "Aquello” funcionaba todavía. Pero el que *se negase* a decirme de dónde procedía, quién había sido su anterior amo, quien había sido su genial constructor, todo aquello me sacaba de quicio, y exhausto ya, renuncié a saberlo. Decidí que lo mejor era no devanarme los sesos, por lo que me tomé el café y, después de dejar la taza encima de la mesilla, prendí un nuevo cigarrillo, en el momento en que alguien llamaba con los nudillos en la puerta de la habitación.

— ¡Un segundo, por favor! —me puse apresuradamente una bata, y abrí la puerta en la que estaba Grace, fresca como una rosa.

— ¡Hola, buenos días, Tripp! —me saludó.

— Buenos días, Grace. ¿Te encuentras mejor?

— Sí, gracias. He tenido algunas pesadillas, pero en conjunto he dormido bastante bien.

— No quise que la señora McTilton cargara demasiado la mano en el soporífero.

Me miro asombrada:

— No lo sabía —dijo.

— Calculé que un poco de luminal no te iría mal del todo. Y ahora, si me lo permites, me vestiré. Tengo que ir a ver a mi jefe.

— ¿Vas a llevarte consigo a... a...? —todavía no se podía acostumbrar a la idea de la existencia de "Joe".

— ¡Naturalmente! En el plan que estamos, no puedo dejarlo ni un solo momento. Espera.

Tomé un traje, camisa, zapatos, calcetines y me fuí hacia el cuarto de baño, del que volví quince minutos después como nuevo, encontrándome a Grace suplicando en vano a aquel cubo de metal. Alzó los ojos al sentirme entrar y exclamó:

— ¡Por mas que se lo pido, no he conseguido que me traiga unos zapatos y otro vestido, Tripp!

—¡Caramba! ¡Sí que es extraño! A mí me da todo lo que le pido.

— Pues a mi ni aunque le pidiera una moneda de un centavo —se lamentó la muchacha.

— Déjame hacer una prueba. "'Joe", la señorita tiene el traje hecho un asco, y no va a ir con sandalias por la ciudad. ¿Quieres proporcionarle esas dos cosas que te pido?

Hablé en voz alta, acompasando mis palabras al pensamiento, y lo que le había pedido surgió al instante, como por ensalmo, en manos de Grace, que se quedó atónita una vez mas.

— ¡No lo comprendo! A ti te obedece ciegamente, y en cambio a mí...

— Debe ser porque me considera como su domador. Pero no perdamos tiempo, Grace. Yo tengo trabajo. Vístete en un minuto.

Arreó con el vestido y los zapatos hacia su habitación y volvió rápidamente. Una cualidad que siempre me ha gustado en ella: no perder demasiado tiempo en el tocador. Claro es que maldita la falta que le hace. Dios la ha dado de sobra para que tenga que recurrir a potingues y zarandajas de esas.

— ¿Qué te parezco?

— Prohibido tomar parte en los concursos de belleza —le dije—. No habría competencia.

Se echó a reír y salimos de casa, tomando un taxi, que nos llevó rápidamente a nuestra oficina, en la cual alguien, el bombón que era la secretaria de “Azote", se sintió repentinamente enferma de celos al verme entrar del brazo de Grace. Modestia aparte, mi físico es bastante decente, y la pobre no había dejado de hacerse algunas ilusiones. Pero comprendió que Grace la había desbancado con la misma facilidad que los tahures lo hacían en el lejano Oeste con los infelices vaqueros que caían en sus manos. De todas formas, hasta ahora no se ha descubierto el modo para matar con la mirada. Por eso Grace se encuentra viva.

No me moleste en pedir permiso:

— ¡Hola, "Azote"!

Nadie, en nuestra oficina, había sabido por qué nuestro jefe me toleraba que le llamase de ese modo, con tal apodo que alguien, acertadamente, le había puesto. Si se lo oía a alguien que no fuera yo, inmediatamente le entraban fuertes ataques de bilis. Pero conmigo

siempre tuvo tolerancia.

— Escucha, Tripp. Te he consentido muchas cosas últimamente, pero que te traigas esa mujer contigo, como si fuera tu sombra, rebasa ya los límites de lo intolerable.

— ¿Qué quiere usted que haga? Después de lo que ocurrió ayer, no me atrevo a dejarla sola. Mientras esto no acabe, vendrá conmigo a todas partes. Los monstruos saben que sólo unos pocos están iniciados en su secreto y procuraran aniquilarlos. No les interesa que se divulgue su estancia en la Tierra.

Refunfuñó "Azote", concluyendo por admitir que yo tenía razón, y me dijo:

— Está bien, Tripp. Y ahora al grano. Tenemos que salir.

— No me lo jure. Hacía mucho tiempo que se enmohecía usted en este despacho. ¿Qué ocurre?

— Tuvimos noticias, cuando te llamé, que un plato volador había tomado tierra al norte de Tejas, a orillas del Brazos. Uno de nuestros hombres salió para allí, pero acabo de tener noticias de que ha sufrido, digámoslo piadosamente, un accidente. Por eso voy yo, contigo.

— Y con Grace.

— ¡Mira, Tripp! Bastante peligro vamos a correr para que quieras traerte con nosotros a la chica...

— Peor para mi seria quedarme donde estoy —dijo ella—. Pasaría mucho más miedo. Al lado de Tripp me siento mucho más protegida.

— Es inútil. No hay medio de luchar contra una mula como tú, apoyado por una mujer. Pasaremos primero a Cosméticos.

— ¿Por qué? —le pregunté—: ¿Qué falta nos hace transformarnos?

— Parece mentira que lleves tanto tiempo con nosotros, Tripp. Esos tipos son peligrosos. No hay que descuidar ninguna precaución.

En aquel momento sonó un zumbador, al mismo tiempo que de un aparato que tenia "Azote" sobre su mesa empezó a salir una tira de papel con una serie de cifras y letras. La tomó por un extremo y cuando el tictac del transmisor gráfico concluyó la arrancó, yéndose

con ella hacia una maquina que había adosada a la pared, con la inocua apariencia de un fichero, introduciendo el mensaje por una ranura, hecho lo cual dio medía vuelta a un conmutador.

— Veremos lo que dice el traductor de mensajes cifrados —murmuró.

Aguardamos un par de minutos, al cabo de los cuales, otra cinta de papel análoga volvió a salir por una ranura situada al lado de la primera.

Que la situación era grave me lo dijo el rostro de "Azote” cuando volvió a nuestro lado con el papel.

— Varios de aquellos monstruos han aparecido por los alrededores de Cisco, a unos ciento cincuenta kilómetros del lugar donde cayó el plato volador. Han causado una serie de desastres impresionantes, superiores a los que vimos ayer. Dos o tres de ellos pudieron ser destruidos, porque de Forth Worth, en vista de que las armas corrientes, y el miedo también, no fueron prácticas, enviaron carros de asalto. Pero quedan uno o dos que andan sueltos, y el pánico reina por aquella zona. El Presidente ha pedido que investigue en persona y que le informe, también personalmente.

— Entonces esta decidido. Iremos allí.

— Lo que me pregunto yo —dijo pensativo "Azote”—, es por qué las armas corrientes han sido inútiles, y se ha necesitado el empleo de tanques. Tú los matastes bien con tu superpistola, pero allí también tenían y, sin embargo, han resultado ineficaces en Cisco.

— Esos seres tienen que ser muy inteligentes. Se habrán enterado de la manera en que fueron muertos sus compañeros y habrán tomado sus precauciones. Se habrán blindado y sólo un disparo atómico podría con ellos.

— Desde luego. Pero el pacífico aspecto que vamos a tomar nosotros no nos permitirá ir con un "bazooka" a cuestas —objetó "Azote".

— ¡Oh! Si es por eso, podemos pedirle a "Joe” una pistola desintegrante.

— ¡No digas estupideces! —renegó mi jefe—. Aquello de la pipa fue un truco tuyo de prestidigitación. Tú la tenías prevenida.

— ¿Estupideces? —me sulfuré—. Ahora mismo lo va usted a ver.

Mi fe en "Joe" no quedó defraudada. Aún no lo había pensado y tenía en la mano un extraño artefacto, parecido únicamente a una pistola en que tenía cañon y culata. Pero aquél era anormalmente grande en el centro, en tanto que su boca era normal. No así la nuestra que aumento su diámetro al ver que se había hecho realidad lo que hasta entonces solamente habla sido una fantasía de los escritores de *science-fiction*.

— ¡Ira de Dios! —gruñó "Azote"—: ¿Quieres decirme que eso es una pistola desintegrante?

La miré incrédulamente. Tampoco yo estaba muy seguro de ello. Cierto que "Joe" me había proporcionado siempre lo que le había pedido, pero se había tratado de cosas perfectamente lógicas y existentes en este mundo. Sin embargo, aquel arma no era de las que se fabricaban en la Tierra.

— Podremos salir de dudas si hago una prueba —sugerí.

— Hazlo —me dijo "Azote” con desdén—, estoy seguro de que ese aparato te proporciona cosas de alguna forma que desconocemos, pero también estoy seguro de que esa pistola forma parte de algún equipo de "hombrecito de Marte", que venden en los

bazares.

El rascacielos en el que estaba nuestra oficina estaba construido enteramente de vitralum. Una granada de 305 de marina hubiera rebotado inofensivamente y de no recibir un impacto directo de una granada nuclear, hubiera salido incólume sin sufrir otra cosa que una ligera trepidación. Ahora no ocurrió así, y después de lo que vimos, uno tras otro, pálidos, asustados, tuvimos que recurrir al coñac que mi jefe guardaba para las grandes ocasiones. Nos hacia falta.

Un boquete de más de tres metros de diámetro se haba abierto en la durísima pared, que había cedido como si fuera de manteca, volatilizándose lo que faltaba, como si jamás hubiera existido. Tal fue nuestro asombro, que "Azote" se olvidó de jurar.

Cuando recuperó el habla, lo fue ya en el sentido eficiente y práctico que lo hacía siempre.

— No perdamos tiempo. Vamos a Cosméticos a cambiar de aspecto. Tú, Tripp, tienes que parecer un universitario de vacaciones. Grace es demasiado guapa. Que parezca una estudiante también preocupada únicamente de los libros. En cuanto a mi, voy a ser el profesor Nicols,

de la Universidad de Columbia. No nos va a reconocer ni el autor de nuestros días.

Desde luego que no. Aparte de la vestimenta, Grace lloró cuando la despojaron de aquel vestido tan hermoso, nuestros rostros sufrieron una radical transformación, que no borraría nada que no fuera otra sesión en Cosméticos, y desde luego, si había habido algún superviviente de los monstruos que hubiera podido hacer circular entre ellos la descripción de nuestro aspecto físico, su plan hubiera fracasado por completo.

Subimos al helicóptero, que pilotaba el mismo "Azote", sin que yo me olvidase de "Joe", ni de la pistola desintegrante, la cual tenía carga abundante, prácticamente ilimitada, según me había cuidado de averiguar por el mismo "Joe". Y en poco más de una hora, tiempo durante el cual yo no dejé de tener entre las mías una mano de Grace, convertida ahora en una impersonal estudiante, con unas gafas de un dedo de grueso, nos encontramos en un lugar en el que se veía una muchedumbre.

— Demasiada gente —rezongó "Azote", maniobrando para aterrizar a un centenar de metros de donde se veía la estructura del plato volador caído en la superficie de nuestro planeta.

Aquello era una jira campestre. No faltaba ya mas que el "barbacoa", o asado de cerdo debajo del suelo, para completarlo, pero en cierto modo nos facilitó nuestros planes, por lo que "Azote" no tuvo que darse a conocer a nadie, circulando libremente entre los numerosos grupos que pululaban en torno al platillo, ligeramente inclinado a la orilla del Brazos, donde había segado unos cuantos álamos en su caída.

Examinamos los restos de los árboles, apreciando quemaduras en ellos.

— La velocidad del roce —determinó "Azote", y asentí, yéndonos luego hacía el artefacto, del que sacamos numerosas fotografías, como perfectos turistas que éramos, y luego nos acercamos a la entrada, en la que un hombre aburrido, con una estrella en la camisa, montaba guardia descuidadamente con un prehistórico "Winchester".

Me estremecí en lo que podía pasar si alguna de aquellas fieras aparecía por allí, y el pánico que suscitaría en la gente, que contaba tan sólo con un débil rifle que seguramente habría sido disparado por Buffalo Bill o por alguno. de sus hombres. Pero dejé esos pensamientos

a un lado para dedicarme a la contemplación del plato volador.

Parecía una gigantesca tableta de aspirina, aunque, en proporción, fuera el doble de gruesa. En cuanto al metal de que estaba construido era del mismo que componía la estructura de "Joe", aunque desde luego algo más sucio, chamuscado por el frotamiento con la atmósfera y sin emitir aquella extraña sonoridad que percibía en cuanto me ponía en contacto con el translator.

— Entraremos a ver qué es lo que hay dentro —dijo "Azote", dando un paso hacia adelante, pero el guardia terció el rifle.

— No se puede —y arrojó un salivazo de tabaco al suelo.

— Escuche. Somos científicos. Soy el profesor Nicols, de la Universidad de Columbia, y estos dos muchachos son mis ayudantes. Nos interesamos por estas cosas, ¿sabe?

Meneó el guarda la cabeza de izquierda a derecha una vez mas, y ahora sin hablar.

Pero no había nacido aún el hombre que negase una cosa a "Azote", que levantó su mirada hacia el cielo:

— Magnífico día, ¿verdad, Bronson?

— No me llamo Bronson, caballero —y su garra libre atrapó el billete de cien dólares que le sacudió el "profesor"—: Mi nombre es González, y sólo permito la entrada a mis amigos, Pero les aseguro que se han llevado un chasco los que han conseguido entrar. No hay nada.

Al principio no creímos a González, pero cuando dimos unos pasos nos quedamos estupefactos.

Nos habíamos imaginado el interior de aquella nave interplanetaria repleto de aparatos científicos, de raros cuadros de mandos, pantallas visoras, sillones antiaceleración y demás cosas que pintaban en los dibujos de los "comics" para niños, en los que inevitablemente Flash Gordon se hartaba de matar seres de otros mundos, pero allí no había nada. Y al decir nada ya era demasiado.

El plato volador solamente tenía las paredes de metal, apenas de un par de centímetros de gruesas, pero nada mas. En su interior, de unos veinte metros de diámetro, se carecía de todo. Absolutamente liso, desprovisto de todo, como sí se lo hubieran llevado los misteriosos seres que habían venido de otro planeta.

— Pero hubieran dejado algún rastro. Si han traído consigo algún aparato, tendrían que quedar las señales de las conexiones, algún tornillo arrancado, huellas de que algún artefacto estuvo adosado a la pared —argüí—: Y no hay ni señal. Tan liso está el interior como el exterior.

"Azote" no decía nada. Aplastó con el pie, meditabundo, un escorpión, único habitante del plato, aparte de nosotros, y salimos fuera.

— ¿Qué? ¿Se han convencido? —sonrió a medias González.

— ¿Eh?... ¡Oh, si! Gracias amigo —y nos alejamos de allí, lejos del bullicio, discutiendo acaloradamente.

— No lo comprendo —decía "Azote”—: Estos monstruos han llegado aquí. En su nave del espacio. Pero, ¿cómo la han gobernado? ¡Si esta hueca en absoluto! Voy a tener que dejar de pensar en ello, o me volveré loco.

Tuve una idea y me puse en comunicación con el translator:

— Oye, "Joe”, ¿venias tu a bordo de ese aparato?

— Si —y la respuesta casi me tiró de espaldas. Se lo dije a "Azote", y éste y Grace me miraron interesados.

— Sigue, sigue preguntándole —me dijo el jefe.

— "Joe", ¿cómo diablos se las arreglaron ellos para llegar hasta aquí? ¿Qué motor han usado para mover la astronave?

— Energía mental.

— ¿Energía mental? —repitió "Azote"—: ¿Cómo puede ser verdad tamaño disparate?

— No lo sé. "Joe" lo dice y para mí es artículo de fe.

— Anda, dile que te lo explique —sugirió Grace.

— Tienes razón. ¿Cómo es eso posible?

— Mis amos tienen el cerebro muy desarrollado. Usan únicamente la nave para atravesar el espacio y sobrevivir. Ellos la mueven con su pensamiento.

— ¡Estamos apañados! —lloró "Azote" cuando se lo dije—: Si esos

tipos tienen un cerebro de esa clase, lo mejor sera izar bandera blanca.

— Pero... ¿Por que quieren atacarnos? —pregunté.

— No lo se. Desconozco sus intenciones. No me las han comunicado.

— Nosotros lo sabemos —dije—, o por lo menos nos las figuramos. ¿Qué defensa hay contra ellos?

Silencio. "Joe" no se molestó en contestar y así se lo hice saber a los dos que me escuchaban ansiosamente. Volví a la carga, con idéntico resultado y cuando vi que todos mis intentos eran inútiles, suspiré:

— "Joe" conserva un poco de lealtad hacia quienes le construyeron. ¿No es así? —le dije.

— No. No sé qué defensa hay contra ellos, porque no me fabricaron para eso, sino para trasladar los átomos de un cuerpo deseado de un lugar a otro.

— ¡Ya esta! —dije alborozado, habiendo encontrado parte de la solución del problema—. "Ellos" se trajeron a Joe, porque son incapaces de construir las cosas que nosotros construimos, pero las necesitan y por eso fabricaron el translator.

— Exacto —aprobó "Joe".

— Si eso es así, si han podido construir una máquina tan perfeccionada, ¿por qué no han podido construir bombas atómicas, rifles y demás clases de armas? —objetó, pleno de lógica, "Azote".

— ¿Qué me dlces, "Joe".

— En mi construcción y en la de los platos voladores que los trajeron de su planeta, consumieron sus últimas reservas de metales. Por eso vinieron a la Tierra, en la que abundan tanto éstos, y a base de los cuales viven. Una pequeña cantidad al día les basta para su subsistencia. Pero quieren dominaros porque así no opondríais resistencia al consumo de metal que exige su metabolismo.

— Lo que sobra en la Tierra es metal —aduje.

— Sí, pero no éste de que estoy construido y que constituye la base de su alimentación. Lo extraen de las moléculas del hierro, y por eso agotaron las reservas de su mundo.

Entonces comprendí el panorama que se nos preparaba a los terrestres, pero cuando iba a abrir la boca para expresar mis temores, un tremendo alboroto se produjo en el centro de la multitud, que echó a correr en todas direcciones, lanzando penetrantes gritos.

CAPÍTULO VI

No me hizo falta verlo para presentir su presencia. Uno de los monstruos había hecho su repentina aparición y la gente se desbandaba en su loca estampida, huyendo de aquella fiera que pronto abrió un ancho camino, sin entretenerse en matar a alguien, no obstante, como al parecer tenían por costumbre.

Eh lugar de eso, se dirigió en línea recta hacía el plato volador, en cuya puerta únicamente había quedado González, que fue el único que no huyó.

Por el contrario, valientemente se dispuso a hacerle frente y, moviendo la palanca del rifle, se arrodilló y se lo echó a la cara.

Los estallidos del arma sonaron claramente en la azul mañana, pero el monstruo no pareció sentir nada. González tenía buena puntería y observé que no erró un proyectil, pero me quedé atónito al ver que, ya me lo suponía, pero nunca lo creí, no le hacía ningún efecto.

Aquella fiera solamente podía ser abatida, pensé, con una superpistola, pero después de haber visto lo que presencié, me dije que únicamente podía usarse la pistola desintegradora. Las balas del "Winchester" rebotaban en el cuerpo del ser extraterrestre, perdiéndose con el clásico silbido del proyectil que se desvía de su trayectoria al impactar contra un cuerpo duro, aunque de momento no conseguí explicarme el por qué. Lo sabría mas tarde.

González también se dio cuenta de que no podía hacer nada y, arrojando el ya inútil arma para correr más aprisa, se incorporó, sin poder dar dos pasos siquiera. Intentó la fuga demasiado tarde; y quiero ahorrarles a ustedes la descripción del desastroso fin del único valiente que hubo en aquella ocasión a orillas del Brazos.

Levante mi mano armada, dispuesto a liquidar a la bestia, que se habla detenido unos momentos, mirando en torno suyo. La gente que había curioseado antes desaparecía a lo lejos entre gritos de horror y nubes de polvo levantadas por el patear de innumerables y espantados pies, porque “Azote", Grace y yo éramos los únicos que quedábamos en quinientos metros a la redonda.

Nos miro el monstruo con aquellos dos ojos de docenas y docenas de celdillas, moviendo vibratilmente las dos cortas antenas de la cabeza y, al fin, chirriando atrozmente se vino hacia nosotros.

Pero cuando ya me disponía a oprimir el gatillo de mi desintegrante,

alguien me detuvo. "Azote" me murmuró:

— ¡Nada de eso! Nos conviene cogerlo vivo.

— ¿Cómo? ¿Con medio dólar de dulces?

— Pídele a tu amigo una pistola de anestesia. En la mesa de mi despacho tengo una.

Mire a mi jefe con admiración, sin dejar de contemplar por eso al monstruo que, emitiendo su peculiar sonido chirriante, avanzaba lentamente hacia nosotros, seguro de que no podíamos escapar a su furia. "Azote" tenía siempre ideas geniales, y la pistola, cargada con una potente dosis de anestésico de la mejor calidad, se materializó en mis manos apenas nube formulado la petición, por lo que entregue

a "Azote” la otra, diciéndole:

— Cúbrame usted mientras yo avanzo. ¡Pero sí esto falla, no me fastidie y dispárela sin compasión.

— De acuerdo, hijo. ¡Adelante! —y se desvió a un lado para que mi propio cuerpo no le estorbase la puntería.

He de confesar que todo mí cuerpo era un puro temblor, pero había que hacerlo. La suerte de millones de seres dependía de mi gesto y sentía como si sus ojos estuvieran pendientes de mi acción.

El monstruo y yo avanzamos el uno hacía el otro despacio, reduciendo distancias. Quería lanzarle el anestésico cuanto mas cerca mejor.

Me fijé en un detalle: el profundo hueco que dejaban sus pies en el suelo, pero no me entretuve a averiguar las causas. Ya estábamos demasiado próximos para pensar en otra cosa que no fuera acertarle al primer disparo y éste, en el momento en que la fiera agitaba sus tenazas, dando un pavoroso salto hacia mí, haciéndolas entrechocar con metálico estruendo, le dio de lleno en el rostro, si es que se podía llamar así a la parte delantera de la bola que era su cabeza.

Chirrió el monstruo espantosamente, lo cual me dio la idea de que el anestésico le molestaba bastante, pero que, asimismo, un disparo no era suficiente, porque todavía se movía en dirección a mí.

Esquivé un viaje que me tiro con las terrazas, que resonaron estrepitosamente, pero el segundo chorro de líquido mermó notablemente su vitalidad, porque empezó a moverse con mucha mas

torpeza. Cayó cuando ya había agotado la carga de la pistola. Se movió ligeramente y luego permaneció muy quieto, en tanto que "Azote” y Grace, con todo género de precauciones, se acercaban al lugar en donde me encontraba yo, contemplando con todo respeto al monstruo.

"Azote" no dijo nada. Silbó simplemente, y de repente reanudó el hilo de sus pensamientos, expresándolos en forma audible:

— La gente empieza a volver. ¡Vámonos!

— ¿Y esto? —señalé al bicho, tendido inmóvil en el suelo.

— Nos lo llevaremos con nosotros. ¿Qué mejor información puede tener el Presidente que contemplar cara a cara a uno de los seres que han venido de fuera de nuestra atmósfera?

Corrió "Azote" hacia donde estaba el helicóptero y en tanto lo traía hasta donde estábamos Grace y yo, contemplamos a nuestro sabor al monstruo, observándolo detenidamente y dándome cuenta de varias abolladuras que presentaba en la superficie de su cuerpo, procedentes de los impactos del rifle del infortunado González. Me incliné y toqué con los nudillos la superficie de aquel cuerpo.

Sonó metálicamente, como si en lugar de piel fuera una armadura protectora, por lo que pregunté:

— "Joe”, ¿Sabes tú qué es esto?

— Saben que vuestras balas los atraviesan, y por eso han modificado su metabolismo, cuando se presentan bajo este aspecto, para resistir los disparos.

Aquello concluyó de volverme loco. Loco al pensar en las funestas consecuencias que podría tener para nosotros. Se volvían personas humanas, perdían esta apariencia... ¿Quién diablos entendía aquel misterio?

Pesaba el hombre aquel, si es que se le podía llamar hombre. Pero aun a costa de ímprobos esfuerzos, que nos dejaron empapados en sudor, conseguimos izarlo a la parte posterior del helicóptero, cuyos motores gruñeron al sentir la excesiva carga que ahora llevaban.

Volamos raudos hacia la capital, en tanto que resolvíamos una incógnita que planteó repentinamente "Azote":

— Escucha, Tripp. Ese amigo tuyo... —y al decir amigo, miro aprensivamente al maletín—. Ese amigo tuyo ha dicho que tienen una potencia mental enorme. Si es así, ¿por qué, en lugar del tratar de usar armas mortíferas no intentan dominarnos con el pensamiento?

La respuesta de "Joe” fue clara y eficiente:

— Ya lo han intentado, pero no lo han conseguido.

— ¿Por qué?

— La frecuencia de las ondas eléctricas que emiten sus cerebros es distinta a la de los vuestros, por eso la telepatía que usan entre ellos es ineficaz contra los hombres de la Tierra.

— ¡Ah! Pues no deja de ser un alivio —murmuró "Azote".

El Presidente nos estaba esperando ansiosamente. Cogió por el brazo a "Azote" y se lo llevo a un rincón, pero no sin que Grace y yo, a quien habíamos sido presentados como sus más directos y eficaces ayudantes, escuchásemos toda la conversación desarrollada. Cuando esta termino, el Presidente inquirió:

— ¿Donde se encuentra ahora ese extraño ser?

— Fuera. Cuidadosamente guardado por una compañía de soldados que previne mientras veníamos hacia aquí. Le hemos asegurado además con cadenas, pero no respondo de que cuando se despierte no las rompa.

— Convendría examinarlo cuanto antes, ¿no?

— Si, pero no me gustaría sacarlo de aquí —murmuró "Azote"—: Haremos que venga el doctor Towers. Es un eminente biólogo y lo que no nos diga él, no se lo podremos preguntar a nadie más.

Tenía razón "Azote", y mientras que un grupo de soldados, con mas miedo que aprensión, y tenían bastante de ambas cosas, introducía al desvanecido monstruo en una de las habitaciones de la Casa Blanca fueron llamados los miembros de la Comisión de Defensa Nacional, así como los correspondientes Secretarios del Gabinete presidencial, y el doctor Towers, quienes no tardaron en presentarse, soltando cada uno su correspondiente retahíla de exclamaciones, alguna de ellas muy poco acordes con la categoría del dueño de la casa, que estaba en un rincón, con los brazos cruzados, inmóvil, contemplando sin cesar al misterioso ente, tranquilo, sumido en un sueño artificial, rodeado de

gruesas cadenas, pareciendo, no obstante, su inmovilidad una terrorífica amenaza que llenaba con su presencia el ambiente de la estancia.

El doctor Towers lo examino cuidadosamente en medio de la expectante atención de todo el mundo, auscultándolo, tocándolo, haciendo moverse las flojas articulaciones, y al fin, mirando hacia el círculo de cuellos alargados, dijo:

— No puedo saber nada en tanto no se le haga un examen por Rayos X. Este caparazón es muy espeso para ver ni apreciar nada.

— ¿Habrá que llevarlo a un hospital? —sugirió el Presidente.

— No —dijo "Azote", como si él fuera quien mandara allí—. Ya enviamos los restos de unos cuantos bichos de estos y ya sabemos todos lo que ocurrió. Será mejor instalar aquí aparato dé Rayos X. No quiero correr ningún riesgo.

— ¿Y si se despierta? —era el Secretario de Defensa el que hablaba.

— Eso depende del anestésico que hayan empleado —dijo el doctor Towers, mordiendo una de las patas de sus gafas—. ¿Cómo lo consiguieron?

Se lo expliqué y, tras pensarlo unos momentos, el biólogo dijo:

— Creo que todavía dormirá unas cuantas horas. Pero no sé si tendremos tiempo de hacer la instalación aquí.

— Se hará —dijo el Presidente, y por el tono firme en que había hablado, comprendí que antes de una hora tendríamos allí un aparato gigante de Rayos Röentgen, pues no se necesitaba menos para examinar a la fiera.

Pero entonces se me ocurrió, mientras que los miembros del Gabinete empezaban a dar sus ordenes, hacerle una pregunta al doctor:

— Escuche, ¿cómo explicaría usted la transformación de un ser de esta clase en un hombre de normal apariencia?

Meditó Towers antes de darme la respuesta, ante la expectación de todo el mundo. Al fin hablo pausadamente:

— Si este ser ha venido de otro mundo, hay que tener en cuenta que nosotros desconocemos su fisiología, y no hablo siquiera de su vida

psíquica. Pero entre las hipótesis que se han formulado acerca de las razas extraterrestres, algunas de las cuales pueden ser de inteligencia infinitamente superior a la nuestra, no falta la que sostiene el hecho de que algunas de ellas son fácilmente adaptables a las formas externas de vida de los habitantes de otro planeta.

— ¿Razas camaleónicas? —interrogó alguien, no creyendo todavía lo que acababa de escuchar.

Sonrió el doctor con aire de suficiencia:

— Exacto. Su poderío mental es tan fuerte, tan desarrollado, que sin dificultad alguna consiguen adaptarse a las formas de otros seres.

— Entonces, ¿por que este monstruo continúa con su apariencia y no se ha convertido en un hombre igual a uno de nosotros?

— Calculo —dijo el doctor Towers— que a pesar de todo necesitaran un periodo, por pequeño que sea, de adaptación a un medio completamente opuesto a aquel en el que ellos han vivido hasta ahora. Este pudiera muy bien ser el caso del prisionero.

— La explicación es lógica, doctor —aduje, avanzando un paso—: pero, ¿podría aclararnos igualmente por qué, una vez convertido en una persona normal, tal como la entendemos en la Tierra, pierden este aspecto y recobran el suyo propio? Yo he sido, con la señorita —indiqué a Grace—, testigo de un caso como el que acabo de relatar. Era un hombre como usted y como yo y, de repente, haciendo estallar el traje de *acetalum* que vestía se convirtió en un ser como éste, pareciendo entonces como si estuviera atacado de una horrible locura que le impulsó a matar a todo el que se le ponía por delante.

Nos echamos a un lado. Un montón de operarios empezó a entrar y, mientras unos instalaban el aparato de Rayos X, otros disponían un artefacto destinado a poner de pie al hombre y sostenerlo detrás de la pantalla, ya que nosotros no lo hubiéramos hecho con comodidad. Entonces el biólogo, echando aliento en las gafas, las limpió mecánicamente, en tanto que me decía, atentamente escuchado por todos:

— Eso nos demuestra únicamente que su adaptación en este mundo no es completa. Que hay algo, algo que nos interesaría descubrir que, fallándoles, o haciéndoles fallar de repente, destruye su transformación.

— Descubra usted eso, doctor, y no le pesará —exclamó el Presidente,

haciendo sonreír a Towers.

— Es lo que me gustaría, señor, pero me temo que la cosa sea superior a nuestras fuerzas.

— No obstante, tiene que haber algo —era "Azote" el que hablaba—: Un medio infalible para descubrirlos. Un medio que les haga perder este aspecto que ahora presentan. Cualquiera de ustedes puede ser un hombre de otro mundo. Cualquiera de ustedes puede ser un miembro de esa organización que tan diabólicamente se está infiltrando entre nosotros.

Algunos retrocedieron. Otros palidecieron. Pero todos se miraron unos a otros con aprensión, con horror, con miedo, en suma. "Azote" había dado en el blanco. El Secretario de la Marina, el senador Clarke, el general Beaumont, cualquiera de ellos, cualquiera de los que estaban allí podía ser alguno de aquellos seres dela raza camaleónica que había invadido la Tierra sin que, a no ser por aquel accidente sufrido por el plato volador, nos hubiéramos enterado siquiera.

Pero fue el Presidente quien tuvo que resolver la tensión que las palabras de "Azote” habían levantado entre los concurrentes la la reunión.

— No digo que haya seres misteriosos infiltrados en algunos puestos de la nación, ignoro de qué manera, pero por mí parte respondo personalmente de cuantas personas se han convocado aquí.

Y no se dijo mas, porque ya estaba listo todo para el examen del monstruo, que fue izado a fuerza de brazos y colocado detrás de la pantalla.

Se cerraron las ventanas y se hizo la oscuridad más absoluta, viéndose únicamente el cuadrado rectángulo, en verde, del cristal deslustrado, en el que apareció algo que nos llenó de decepción.

¡Los Rayos Röentgen no conseguían atravesar el cuerpo del monstruo y únicamente veíamos su silueta!

Sonaron exclamaciones de decepción en la concurrencia, pero entonces me di cuenta yo de una con que me hizo asir con fuerza el brazo de "Azote".

— ¡Fíjese! —le cuchicheé excitado al oído.

— ¿Qué es eso, Trípp?

— La mano de Towers.

— ¿Qué tiene que ver la mano de Towers con todo esto?

— ¿No se ha dado cuenta de que el ser de otro mundo es completamente opaco, intransparente a los Rayos X?

"Azote" pareció comprender y, sin elevar la voz, continuando nuestra conversación en medio de las voces que resonaban a nuestro alrededor, me dijo:

— ¿Quieres decir que Towers es uno de ellos?

— Estoy seguro y ahora mismo haremos la prueba.

— Ten cuidado. Es protegido del Presidente.

— ¿Está seguro de que el Presidente no es uno de "Ellos"?

Mis palabras le convencieron y trató de dar un paso adelante, pero le detuve:

— Déjeme a mi. Yo tengo un plan mejor para descubrirlo.

Alguien, terminado ya el inútil examen del monstruo de la raza con propiedades camaleónicas, abrió las ventanas, y entonces el que salió al centro del círculo de espectadores fui yo, dirigiéndome al biólogo:

— Doctor Towers, ¿tendría usted inconveniente en hacer una prueba?

— Ninguno —me sonrió—. ¿De que se trata?

— Que cierren de nuevo las ventanas. Y usted póngase detrás de la pantalla.

— Me parece una excentricidad, pero no tengo el menor inconveniente.

La pantalla estaba ya conectada, de modo que su resplandor verdoso apareció apenas se hizo de nuevo la obscuridad. Y entonces un grito unánime de horror se escapó de todos los presentes.

¡El cuerpo del doctor era opaco, tan opaco como el del monstruo! ¡No dejaba pasar los Rayos X a través de él!

CAPÍTULO VII

Los Rayos Röentgen no atravesaban el cuerpo del doctor Towers, Era tan opaco a ellos como a los rayos solares, y su silueta, de pies a cabeza, se reflejaba entera en la pantalla, como si fuera una gigantesca sombra chinesca. Pero como a todo el mundo, menos a "Azote” y a mi, le cogió de sorpresa, ninguno de los concurrentes pudo evitar una exclamación de asombro, con lo que el biólogo se dio cuenta de que habíamos descubierto su identidad.

Alguien, no sé quién, dio las luces, en el mismo momento en que el doctor Towers, transfiguradas las facciones en una horrorosa mueca de odio, chirriando, no obstante conservar su apariencia humana, de una manera que puso frío en el corazón de todos, pareciéndonos imposible que de una garganta en apariencia normal pudieran salir aquella serie de espeluznantes sonidos, salía de detrás de la pantalla, echándose sobre el grupo, solamente con sus desnudas manos que parecían garras, sin darse cuenta, en la furia que le poseía, de que, en aquellos momentos, no era ni mas ni menos que un hombre corriente.

Cogió sorprendido a uno de los soldados que prudentemente estaban allí de escolta y lo desarmó antes de que el hombre tuviera tiempo de reaccionar. Acto seguido el ametrallador empezó a vomitar fuego y llamas por la boca, pero duró muy poco, porque

yo ya me había dado cuenta de sus intenciones y había sacado mi superpistola —no quise usar la desintegrante previsoramente—, que inmediatamente atronó la estancia con sus explosiones, que resonaron sobre las de la pistola ametralladora.

Las pesadas balas impactaron de lleno en el cuerpo del biólogo, llevándolo a su pesar, de un lado a otro, sacudiéndolo espasmódicamente, haciéndole arrojar el arma, que ya había causado unas cuantas víctimas y aplastándolo contra la pared frontera, por la que resbalo, hasta quedar en el suelo, en medio de grandes chafarrinones de sangre.

Pero en aquel momento, cuando todos empezábamos al respirar, cuando nos íbamos a dedicar al socorro de las víctimas, ocurrió algo inesperado, que hizo que los pelos se nos erizaran. ¡El monstruo se despertó!

Todos nos habíamos equivocado. Nosotros, porque habíamos creído que la dosis de anestésico había sido suficiente para mucho tiempo, y el ya difunto e irreconocible doctor Towers porque había manifestado que el sueño del extraterrestre le iba a durar varias horas más. Pero, ¿se había equivocado, o había tratado de engañemos? Esta hipótesis era la más probable, pero no me entretuve en verificarla. Tenía algo más urgente en que intervenir.

Con metálico sonido, salto una de las cadenas que sujetaban a la bestia, pero, adelantándome unos cuantos pasos, sin dejar que concluyera de destrozar las eslabonadas ligaduras, empecé a disparar fríamente sobre él.

Una serie de impresionantes ruidos que salían de su garganta se oyeron, entre el fragor de los estampidos, pero no tuyo tiempo de liberarse por completo. Fui más rápido que el, y en quince segundos liquidé el asunto. Después miré a mi alrededor, y mis primeras miradas se dirigieron a Grace, suspirando aliviado al ver que se encontraba ilesa. "Azote" no había sufrido ningún darlo, y únicamente media docena de soldados de la escolta se retorcían por el suelo, heridos de mayor o menor gravedad, aunque afortunadamente ninguno de ellos con lesiones irreparables.

Rápidamente entraron en acción los equipos sanitarios, llamados a toda prisa y se llevaron los heridos, en tanto que otros hacían lo mismo con los cadáveres del monstruo y del doctor Towers, que fueron conducidos a la Morgue, para su posterior reconocimiento, aunque, sabiendo sus intenciones ya, como asimismo la forma de combatirlos, maldita la falta que nos hacia el conocer su estructura fisiológica.

— Ya tenemos algo positivo —dijo el Presidente cuando las cosas se hubieron calmado un tanto y algunos sirvientes empezaron a circular con café y licores para reanimarnos, que buena falta nos hacía—. Sabemos que los Rayos X, sean en su apariencia extraplanetaria, sea en la humana, son inocuos. Como si fueran de plomo. De modo que ésta va ser el arma para combatirlos.

— Me parece una buena idea, señor Presidente —dijo "Azote"—. Un poco larga y engorrosa, pero es la mejor solución que hemos podido hallar hasta ahora.

— Empezaremos, desde luego, por todos los puestos de responsabilidad. Todos los funcionarios y soldados; todos los agentes de policía, lo mismo la federal que la metropolitana de las distintas

ciudades; los empleados de ferrocarriles; de la marina mercante; de la aviación comercial; todo alguien que pertenezca a una empresa pública o privada de interés nacional, de modo que un sabotaje o un accidente provocado pueda causar una perturbación en la vida de los Estados, sera reconocido inexorablemente por Rayos Röentgen.

— ¿Qué se hará con aquél que se resista al reconocimiento? ¿Y con quien aparezca intransparente? —preguntó alguien.

Fue "Azote" el que se anticipó a la respuesta que estaba a punto de brotar de los labios presidenciales, y la suya fue tajante, categórica:

— Se le exterminará como a un perro rabioso, sin contemplaciones. Nuestra vida, la de nuestros hijos, de las futuras generaciones, esta en juego y no podemos ser conmiserativos. "Ellos” no lo son, puesto que aspiran a dominarnos.

— Estoy de acuerdo con usted —dijo el Presidente—, y para dar ejemplo, yo voy a ser el primero que se ponga delante de la pantalla. Los demás concurrentes lo harán a continuación.

Dio un paso el Presidente hacia adelante, en dirección hacia el aparato de Rayos, pero en aquel instante, una persona echó a correr a toda velocidad hacia la puerta.

— ¡Senador! —gritó el Presidente.

Mas el senador Killian, que pertenecía a la Comisión de Defensa Nacional, no se detuvo. Continuó corriendo hasta que la bala que salió del cañón de mi superpistola lo detuvo, y no necesite más que una. Tuve suerte en la puntería.

Le dio en la nuca, haciéndole desaparecer la cabeza en fragmentos, lo cual le impulsó a dar un salto de más de dos metros de altura, pero, cuando cayó al suelo, ya no era mas que un cadáver, que no haría ya daño a nadie.

— ¡Santo Dios! ¡EI Senador Killian! ¿Quién se lo iba a creer? —murmuró estupefacto el Presidente.

Pasados aquellos momentos de asombro, todo el mundo fuimonos sometiendo a la acción de los Rayos X. Afortunadamente, entre los que estábamos allí todos habíamos nacido en este viejo planeta, cuya supervivencia se encontraba ahora amenazada, y no ocurrieron más incidentes. Después de nosotros, fueron pasando todos los servidores dé la Casa Blanca, así como los agentes federales y los soldados de la Guardia Presidencial, sin que ninguno de ellos resultara ser de otro mundo. Y cuando estuvimos seguros de que, por el momento, allí no había que temer nada, el Presidente se dirigió a "Azote":

— Instálese aquí. Todas las comunicaciones vendrán directamente a la Casa Blanca y de esta forma estaremos al corriente en cualquier momento de la marcha de la Operación Röentgen.

Había estado acertado él Presidente al bautizar la gigantesca operación que empezó acto seguido, comenzándose a reconocer a todos aquellos que se habían designado primeramente, sin que, para evitar alarmas que hubieran podido conducir a un pánico nacional, cuyos alcances no hubieran podido ser previstos, se dijera que no tenía otro objeto que una comprobación de la salud de los empleados.

"Azote”, Grace y yo nos instalamos en el gabinete de telecomunicación, tras habernos asegurado de la fidelidad de los funcionarios. "Azote” intentó arrojar de allí a la muchacha, pero me opuse:

— Ni hablar, jefe. Usted necesita una buena secretaria y Grace lo era de una firma comercial en Denver, ¿no es así?

Asintió el viejo y claudicó, en tanto que ella me dedicaba una sonrisa de agradecimiento que hizo a mi corazón bailar una desenfrenada danza. Tuve que contenerme para no estrecharla en mis brazos y oprimir aquellos frescos y jugosos labios, pero cuando se acabara todo aquello —me dije— sería la ocasión de hacerlo. Y tengo para mi que a ella no le hubiera disgustado, pero no me arriesgué a comprobarlo. Me entregue al trabajo.

No obstante, si creíamos que ya podíamos soplar en las trompetas de la victoria, nos hablamos equivocado de medio a medio. A pesar del secreto en que se estaba llevando la operación, "Ellos" se enteraron y pasaron al contraataque.

El jefe del gabinete de telecomunicación pasó el contacto a "Azote":

— El jefe de la policía le llama, señor.

Se iluminó la pantalla del televisófono, y un rubicundo rostro apareció en ella, con expresión más que preocupada:

— Un médico ha sido asesinado en Pennsylvania Avenue, señor.

— Bien, ¿y qué de particular hay en ello?

— No ocurriría nada si no fuera que su aparato de Rayos X esta completamente destrozado y...

Se interrumpió, porque dirigió la vista a otro lado, como si alguien le hablara, y luego volvió a dirigirse hacia nosotros.

— Unos desconocidos han asaltado la tienda de Salomons, Thikapoulos y Compañía, en la Connecticut Avenue. Era... —el jefe de policía tragó saliva— era de venta de aparatos e instrumental quirúrgico.

— ¿Qué es lo que hicieron? —apremio "Azote".

— No tocaron otra cosa que los "stocks" de tubos de Crookes, que destrozaron por completo, señor.

"Azote” comenzó a jurar, sin darse cuenta de que tenía a su lado a Grace, la cual estaba al cuidado del dictáfono que registraba todas las conversaciones. Cuando se le paso el arrebato, el jefe de policía prosiguió:

— Los desconocidos intentaron huir, después de haber asesinado a sangre fría a todo el personal del comercio, pero al darse la alarma, unos agentes míos consiguieron acorralarlos y liquidarlos.

— Esta bien. Gracias, Vance —y corto "Azote”, preocupado.

Comenzó a tabalear con un lapîz en la mesa. Pero los mensajes análogos comenzaron a llegar. Casas de médicos asaltadas y sus aparatos destruidos. Todos los establecimientos en los que se vendían dichos artefactos, así como sus repuestos, eran asaltados, sin que, al parecer, a los asaltantes les importase morir o no en la empresa. Y cuando durante varios días, la cosa se repitió y los periódicos comenzaron a chillar, también la gente comenzó a preocuparse.

Entró el Presidente a grandes zancadas, sin anunciarse, los ojos enrojecidos, sin afeitar, haciendo olvidar con su aspecto el del atildado caballero que estaba considerado, sin coba alguna, el hombre mejor vestido de la nación. Empezó a tronar:

— Esto no puede seguir así. Esos seres están desarticulando nuestra ofensiva. ¿Qué remedio me indica usted para ello?

"Azote" se encogió de hombros. Tampoco él, ni yo, ni Grace, presentábamos un aspecto decente. Llevábamos varios días al pie del cañón, casi sin dormir, sin alimentarnos, recibiendo desconsoladoras noticias, y no le veíamos ninguna solución al asunto.

— No lo sé, señor —contestó francamente mi jefe—. Parece que son muchos, puesto que todos los lugares en donde hay un aparato de Rayos, o donde se reparan, han sido asaltados. Esto ha ocurrido en toda la nación. Esto indica que tenemos varios millones de pseudoamericanos a los que no les importa perder unos cuantos centenares de miles de soldados, digámoslo así, con tal de destruir todo aparato capaz de detectarlos. Y una vez que lo hayan conseguido estaremos de nuevo en sus manos.

— A veces —el Presidente se pasó la mano por la cansada frente— pienso si no sería mejor desistir de la lucha, ¿Qué daño nos han causado hasta ahora? De no haberse descubierto no lo hubiéramos sabido.

— Quizá a nosotros no nos hubiera ocurrido nada. Pero este planeta que tiene vida todavía para millares de siglos, moriría en un par de generaciones, cuando esos misteriosos seres hubieran agotado las existencias de metales que son la base de su subsistencia. ¿Quiere usted arrostrar la responsabilidad de ser odiado, no sólo por los que nos sigan, sino por los que ahora viven? En sus manos esta el evitar el que la Tierra viva un millón de años más o que todo signo de vida se extinga en tres o cuatrocientos años, cuando esté totalmente desmetalizada por esos seres, que luego, con toda lógica, cuando hayan extraído de nuestro globo todo su jugo, se irán a otro planeta habitable de la Galaxia a continuar su mortífera obra. —Estas fueron las objeciones que "Azote", con mi total aprobación, fue presentando al Presidente, que inclino la cabeza como avergonzándose.

— Tiene usted razón. Debemos seguir adelante, cueste lo que cueste.

Pero de repente, las destrucciones de aparatos de Rayos X cesaron como por ensalmo. Las fábricas que los reponían pudieron trabajar de nuevo y los médicos, en el corto espacio de un par de semanas vieron instalados de nuevo en sus consultorios, los aparatos que les habían sido destrozados, así como en los hospitales y centros benéficos, continuándose la gigantesca tarea de reconocer a los doscientos veinte millones de norteamericanos.

Fue larga, dura, pesada, pero la tarea concluyó al fin, y cuando se hubo sabido que no había quedado ni uno solo sin pasar delante de una pantalla de rayos catódicos, no fue un suspiro de alivio lo que lanzamos, sino todo lo contrario, porque aquel mismo día nos anunciaron que dos hombres hablan perdido su apariencia normal para transformarse en sendos monstruos que aterrorizando a los concurrentes del bar en que se encontraban, haciendo también algún estrago, pudieron escaparse hasta tropezar con un destacamento de carros de asalto, que al localizarlos, los deshizo sin ninguna compasión.

— Vete a ese bar y averigua lo que puedas, Tripp —me dijo "Azote”—. Llevaos un registrador de sonido.

— ¡Vaya! Con que por fin da beligerancia a Grace, ¿eh?

Pero no me contesto a la ironía, y tomándola del brazo, sin olvidarme de mi querido amigo "Joe” nos fuimos para allá.

Todo estaba listo cuando llegamos. No se habían reparado los destrozos, pero las manchas de sangre y los restos, tanto humanos como inhumanos, habían desaparecido de allí. El mostrador estaba hecho una ruina, pero como era muy largo. todavía quedaba un pequeño trozo intacto, en el que nos acomodamos, tras enseñar mí tarjeta de identidad a los policías que custodiaban el local, y me dispuse a interrogar al "barman", en cuyo rostro continuaban todavía las señales del espantoso trago que había pasado. Pero como al mismo tiempo había menudeado los viajes a una botella que tenía, se mostró bastante locuaz:

— Tenían los dos tipos aquellos una apariencia corriente y parecían de muy buen humor. Charlaban por los codos y se sentaron allí...

"Allí” era donde todo se había convertido en un informe montón de astillas. El "barman” prosiguió:

— Hablaban bastante, y alcance a oír un fragmento de la conversación. Uno de ellos dijo:

— Vamos a celebrarlo, Nick.

— Sí —contestó el otro—. No somos hombres de otro mundo. Hemos nacido en la Tierra.

— Un trago será lo mejor, ¿no te parece, Nick?

— Tú mandas, Bart.

— Se lo serví —continuo el "barman”—. Parecían muy contentos, porque según se expresaban acababan de venir del médico, habían estado en viaje de negocios en Europa y al enterarse por los amigos de lo que había ocurrido durante su ausencia, habían decidido reconocerse y luego celebrarlo.

Se paró un momento el camarero, palideciendo de nuevo al evocar el desastroso recuerdo de lo que había ocurrido y, tomando aliento, continuó:

— Puse un vaso delante para cada uno, pero apenas habían tomado un sorbo, cuando perdieron su aspecto humano. ¡Por las barbas de Abraham! ¡En mi vida había visto una cosa parecida! ¡Y no había tomado una copa en todo el día, de modo que no se me pueda achacar que viera visiones! Estallaron sus trajes y salieron a relucir aquellas horribles tenazas. Todavía tengo en los oídos los espantosos gritos que proferían. En fin, que no se cómo pude evitar el primer viaje que me tiraron, y luego comenzó el barullo. Lo demás ya lo saben ustedes.

— Si —dijo pensativo, concluyendo el refresco.

Medité en tanto que encendía un cigarrillo. Luego, expeliendo el humo hice una pregunta:

— ¿Qué bebida pidieron?

— Pues...

El "barman" calló repentinamente y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Seguí la dirección de éstos, mire hacia la puerta y, apenas lo había hecho, cuando sin dudarlo un momento, extendí el brazo derecho y arroje a Grace al suelo, de espaldas, derribándola del taburete, sin ninguna consideración, al mismo tiempo que yo hacía lo propio.

Un hombre estaba plantado en la puerta del bar. Vestía uniforme de la policía metropolitana, pero era lo mismo. Esto no me importaba a mí. Lo que me asustaba era el hecho de que sobre el hombro derecho tenía apoyada una pistola ametralladora, que comenzó a ladrar estruendosamente cuando todavía Grace y yo no habíamos tocado con nuestras espaldas el santo suelo.

Fue gordo el batacazo, pero no me di cuenta, porque estaba mirando como fascinado los giros que, como un trompo, daba el infortunado

"barman", a medida que su cuerpo iba siendo perforado por las balas. Sus gritos de espanto y agonía se confundieron con el estrépito que formaban las detonaciones, el silbido de las balas y el maullido agudísimo de éstas al rebotar, así como el ruido de los vidrios rotos de las pocas botellas que habían resultado indemnes.

Me apoye sobre un codo, tumbado todavía, disparando por encima del cuerpo de la muchacha. Tableteó mi pistola y el policía fue a parar a la calle, empujado por las balas, en tanto que sus compañeros no parecían todavía enterarse exactamente de lo que había ocurrido. Y cuando la amenaza pasó, tras haber rogado a “Joe” que me repusiera la munición, me levante, dando la mano la Grace, que todavía temblaba.

— ¿Tienes miedo?

Denegó, moviendo sus lindos rizos, sin hablar aún. Un poco de susto le quedaba en el cuerpo, pero antes de que pudiera hablar la boca, el jefe de aquel destacamento de policía que custodiaba el lugar, seguido por unos cuantos de sus hombres, se me acercó amenazadoramente:

— ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por que ha hecho usted esto?

Señalé primeramente hacia el "barman”.

— Estaba a punto de saber por que esos dos hombres perdieron su apariencia y el agente mató al “barman". No quise yo correr la misma suerte.

El policía comprendió que yo decía verdad y palideció:

— Entonces... los Rayos X son inútiles ahora contra ellos, ¿no es así?

— Usted lo ha dicho. Por un motivo que ignoramos, consiguen pasar desapercibidos ante la pantalla. Pero también hay algo que los denuncia y esto es...

Súbitamente se me apareció todo claro. Me interrumpí, relacionando hechos y, cogiendo a Grace, aparte a un lado, sin ninguna ceremonia al policía, diciéndole:

— Ya lo sabrá usted a su debido tiempo.

— ¿Qué es ello, Tripp? —me preguntó la muchacha cuando estuvimos en la calle, mientras buscábamos un taxi.

— Te lo diré luego, querida. Pero puedes tener la seguridad de que he hallado el método para descubrir sí un hombre es lo que es, o su aspecto es más falso que el alma de Judas.

— ¿De veras?

— De veras —asentí, abriendo la portezuela del taxi a motor nuclear que se había parado delante de nosotros.

Pero apenas nos habíamos sentado cuando una tufarada de algo asfixiante nos invadió. Quisimos luchar, abrirlas portezuelas, pero en pocos segundos perdimos ambos el conocimiento.

CAPÍTULO VIII

¿Girábamos nosotros o giraba la Tierra? ¿Cuánto tiempo llevábamos allí?

Dos preguntas a las cuales, de momento, no me supe dar respuesta. Pero era indiscutible que nuestro mundo no habla sido contemplado todavía por nadie como lo contemplábamos. Grace y yo por el ojo de buey, al cual, una vez despiertos y recuperados de las nauseas provocadas por el anestésico suministrado en el taxi, hablamos pegado las narices, suspensos ante el espectáculo, que se nos presentaba a la vista.

Plateada, con ligeros destellos verdosos, varios miles de kilómetros más abajo, estaba la Tierra. Ante mi estaba la confirmación exacta de todas las teorías acerca de su redondez, de su movimiento de rotación sobre su eje, y de cuantas zarandajas geográfico astronómicas recordaba de mis tiempos de estudiante.

El sol estaba saliendo sobre Italia. La zona obscura que era la noche desaparecía ante su influjo y el mediterráneo occidental empezaba a relucir. Francia, Inglaterra, España, Portugal, fueron desperezándose y empezando su cotidiana tarea, sin saber ninguno de sus habitantes que unos ojos malignos —y no lo digo por los nuestros— los estaban contemplando desde la negra altura del espacio.

Continuó avanzando Febo sobre el Atlántico. Los puntitos oscuros que eran las Azores interrumpieron la tranquila tonalidad azul verdosa del Atlántico, salpicando miles dé millas mas a la izquierda por las Bermudas, y luego el resplandor solar se abatió sobre la costa oriental de los Estados Unidos.

Sentí un nudo en la garganta al contemplar mi patria, ¿Estaría ya en poder de aquellos misteriosos seres? Una interrogante a la que no pude dar forma siquiera, porque la metálica puerta de mi encierro se abrió y un hombre entró en ella.

Contra lo que temíamos Grace y yo, no tenía ningún aspecto raro. Era una persona corriente, salvo el traje que debía ser de tipo espacial, pero sin escafandra. Nos miró con una leve dosis de ironía en las pupilas y ni siquiera se inclinó al decirnos:

— Tengan la bondad de acompañarme.

Dejó que pasaremos delante. No me moleste en interrogarle, Presentí que no me iba a dar ninguna explicación.

Caminamos por un sitio como jamas había visto en mi vida. Pasillos larguísimos, sobre tubos de varios metros de diámetro, que se cruzaban y entrecruzaban, subiendo, bajando, curvándose; esferas graduadas; aparatos de registro por todas partes; escaleras; un par de ascensores que subían y bajaban constantemente, ocupados en sabe Dios qué misteriosa labor; todo aquello constituía el interior del misterioso e incógnito artefacto que flotaba sobre nuestro Planeta, acompañándolo en su eterno viaje al espacio, constituyendo la mas formidable amenaza que jamás se cerniera sobre la humanidad.

Súbitamente la chica se me agarró nerviosamente al brazo:

— ¡Allí, Trípp! ¡Allí! —y extendió el índice.

No pude contener un respingo cuando mire en la dirección que me indicaba y he de confesar que algo raro me subió por la garganta. Tenía mis motivos.

Tres o cuatro seres de aquellos que tanto pavor infundían allá abajo, salían en aquel instante de uno de los ascensores, precisamente hacia el cual nos dirigíamos nosotros; y caminando rápidamente, en pocos segundos pasaron por nuestro lado, sin mirarnos siquiera, en tanto que Grace y yo sentíamos helados escalofríos cuando los monstruos nos rozaron casi, al cruzarnos.

— No tengan miedo —sonrió nuestro acompañante—. No les harán el menor daño, a menos que no lo consideren necesario. Y eso depende de ustedes.

El ascensor se elevó velozmente y, a juzgar por el tiempo que estuvimos en su interior, calculo que subimos una distancia equivalente al piso 40 del Empire. Silbé, por lo bajo, al hacer un rápido cálculo mental y darme cuenta del volumen de aquel satélite artificial, del cual no habían tenido noticia nuestros radares, porque de lo contrario ya hubiera sido destruido.

Apenas habíamos salido, cuando toda la estructura metálica trepidó fuertemente, y Grace y yo hubimos de agarrarnos a un pasamanos, con objeto de no ser derribados al suelo. Cuando recobramos el equilibrio, nuestro guía se volvió hacia nosotros:

— No pasen cuidado. Un simple encontronazo con un meteorito. Cosa corriente, por otra parte.

Temblé pensando si aquel corpúsculo sideral hubiera atravesado la cáscara del satélite. El aire se hubiera escapado instantáneamente y el vacío más absoluto se hubiera hecho en el interior, de la máquina espacial, pereciendo todos sus ocupantes por la falta de aire respirable. Pero el hombre que nos precedía, y que acababa de detenerse ante una puerta, sonrió, tranquilizándome, como si me hubiera adivinado el pensamiento:

— Una desagradable contingencia que no ocurrirá, señor Stacey. En caso de que el cuerpo meteórico fuera lo suficientemente voluminoso como para atravesar el blindaje exterior, tenemos soldadores automáticos que en pocos segundos restablecerían el equilibrio atmosférico. Aparte de que, previsoramente, esto esta construido con diversos compartimentos que quedan estancos apenas los registros detecten la menor fuga de aire.

— ¡Pero yo no he visto los mamparos! —objeté.

— No se ha dado cuenta de ellos —sonrío de nuevo—. Son de cristal. Mejor dicho, de un metal ultratransparente; pero ello no hace al caso ahora.

Entonces repare en una cosa:

— ¡Oiga! —exclamé—: ¿Cómo es que sabe mi nombre?

Se inclinó al darme cumplida y caballeresca respuesta, que, a decir verdad, no la hubiera esperado jamás:

— Usted, es un buen luchador, señor Stacey, y ha conseguido ganarse un nombre para nosotros.

Lo miré aviesamente. Me escamaba tanto cumplido. Pero antes de que tuviera tiempo de responderle adecuadamente, la puerta ante la que nos hallábamos, se abrió por si sola, y nuestro guía nos indicó el camino con la mano. El se quedo fuera.

Entramos en la habitación, amplia, apenas recargada de los indispensables muebles, con un inmenso panel, situado a espaldas del hombre que se levantó al vemos entrar, y que era totalmente transparente, dejando ver la negra noche del espacio, punteada por millones de maravillosas luciérnagas.

Pero, dejando a un lado esta contemplación, miré a nuestro interlocutor que nos hizo un ademán para que nos sentáramos en los dos sillones que había delante de su sintética mesa.

Tenía el pelo al rape, y vestía el mismo traje espacial que nuestro introductor de embajadores, pero con unos extraños signos que no acerté a descifrar en el centro del pecho, y más ajustado que el otro que habíamos visto.

— Por favor. Les ruego qué durante su estancia en Xiph se consideren como los más honrados de nuestros huéspedes. Y en cuanto a mí, pueden llamarme Khantor, sin ninguna clase de tratamiento.

Saliva y coba ya gastaban aquellos tipos. Pero lo único que lamentaba era no poder disponer de mi pistola. Le hubiera dicho quién era Tripp Stacey; otra vez volvieron a adivinarme los pensamientos.

— Sus armas están a buen recaudo, señor Stacey. No le hemos dejado más que las cerillas y los cigarrillos, por si tiene ganas de fumar. No se reprima por mí.

De veras que necesitaba. un cigarrillo. Tras encenderlo, se me ocurrió preguntarle:

— ¿Quienes son ustedes?

— Nosotros pertenecemos a la poderosa raza de los Khantors, y vivíamos en un planeta que no pertenece a esta Galaxia, a una distancia enorme. Varios centenares de miles de lo que ustedes llaman parsecs. Nuestro alimento principal, hablando en términos terrestres, para facilitar su comprensión, casi exclusivo podríamos decir, es el hierro. A falta de este, cualquiera es bueno, pero si no tomamos hierro, acabamos debilitándonos. De todas formas, nuestro planeta estaba ya a punto de desaparecer. Ya solamente estaba constituido por metales de difícil ingestión y que en nuestros organismos causaban más daño que beneficios, aparte de que nuestra raza se iba degenerando.

Calló un momento Khantor y pensé que si a si mismos se consideraban como degenerados, ¿qué hubiera sido de tropezarnos con todos ellos en el esplendor de su poderío? Pero continué prestando atención a sus palabras.

— Resumiendo: nos estábamos comiendo nuestro propio planeta, y de seguir así, en una docena de siglos —para ustedes mucho tiempo, para nosotros, desgraciadamente, muy poco—, hubiéramos concluido por desaparecer. Antes quisiera aclararles una cosa: No es que nosotros comamos tal como se entiende en cualquiera de los innumerables lenguajes terrestres, otra de las cosas que no acabo de comprender, con lo fácil que es hablar una lengua única, sino que llamo así al

proceso de asimilación del metal que nos sirve de alimento. Muy sencillo para nosotros, complicadísimo para ustedes, y en cuya explicación no voy a meterme ahora, ya que para que lo entendieran medianamente necesitarían muchos años de profundos estudios. Bien. El caso es que, viéndonos abocados a un próximo e inevitable desastre, empezamos a enviar expediciones por las distintas Galaxias, en busca de un planeta que pudiera servir a nuestros fines, hasta que dimos con la que ustedes llaman Vía Láctea, y en ella este sistema...

— Y dentro del Sistema Solar, con el planeta Tierra —interrumpíle sarcástico—: ¿Cómo dieron con él? ¿Cómo se enteraron de que en la Tierra, además de otros metales, abunda el hierro? ¿Por las cotizaciones de Bolsa? ¿Por el "Iron Pittsburgh Bulletin"?

Khantor me dejo hablar con aire de benigna superioridad. No hizo ninguna observación ante mis acres palabras y siguió:

— Eso es lo de menos. El caso es que, comparando informes, decidimos que la Tierra era el planeta más adecuado para nosotros, ya que era el más parecido al nuestro, y decidimos establecernos aquí. Pero ya nuestros exploradores nos habían hablado, tras profundos estudios, de las diferentes formas de gobierno, y de la idiosincrasia particular del hombre, que sería difícil establecemos, por lo que decidimos infiltrarnos en vuestra vida, copando los principales puestos, para que nada ni nadie pudiera ponernos el menor obstáculo. En una palabra, aprovechando nuestras formidables facultades psíquicas, adoptamos vuestra forma exterior, y ya estábamos a punto de conseguirlo, cuando un desgraciado accidente dio al traste con todos nuestros planes.

— Ya —observé—: El plato volador que se desvió de su ruta.

— Cierto. Fue una penosa caída. Lo de menos es que unos cuantos Khantors quedaran libres y anduvieran a sus anchas por un planeta al que desconocían. Contábamos con que tarde o temprano seriamos descubiertos, pero entonces no habría remedio. Nadie nos podría hacer nada. Sin embargo, en esa nave espacial venía algo que para nosotros es de la mayor importancia. Algo que nos costo siglos y siglos de estudio para su construcción, y sin lo cual todos nuestros planes se hubieran venido abajo.

— No me diga. Ya lo se. Usted se refiere a "Joe", ¿verdad?

Sonrió Khantor ensoñadoramente:

— Usted lo ha dicho, Stacey. Me gusta el nombre. Creo que acabaré

llamándole así. A veces entre los hombres de la Tierra se encuentran algunos aprovechables. Usted, señor Stacey, es uno de ellos. Y me basta saberlo con darme cuenta de lo pronto que simplificó las cosas llamando a ese aparato por un nombre tan sencillo y tan corto, amén de fácil de pronunciar. En nuestro idioma tiene un nombre muchísimo más largo, y desde luego, imposible de ser emitido en su lenguaje ordinario,

— Bien. Ya lo tienen. ¿A qué esperan para dejarnos libres a la chica y a mí? —pregunté, empezando ya a perder la paciencia.

— Un momento, señor Stacey. Le dije antes que nuestros planes sufrieron una leve alteración por culpa de "Joe”. "Joe" es esencial para nosotros, porque gracias a él podremos vivir. Él es quien nos transforma los metales en alimentos susceptibles de conservamos la vida. Transmuta los átomos del hierro en átomos de otras substancias que nos permiten continuar esta pesada existencia, aparte de otras muchas tareas y muy complejas que se le encomiendan. Pero, como le he dicho anteriormente, la caída del plato volador, desviándose de su trayectoria y aterrizando en Texas, en lugar de colocarse al costado de Xiph, provocó que al que lo traía, en el momento en que entraban en la atmósfera, perdiera el equilibrio y se le escapara "Joe", perdiéndolo. Usted se lo encontró.

— ¿A quién se le ocurre? —murmuré—. Entrar en la Tierra en sentido opuesto al de su rotación. Lo raro es que el plato volador no se fundiera al roce con la atmósfera. Si hubiera entrado por la parte opuesta, la velocidad de caída hubiera sido infinitamente menor.

— Suposición muy acertada, señor Stacey. Pero ya no tiene ningún remedio. El caso es que todo esto trastorno nuestros planes, máxime cuando una pareja de mis agentes, enviados tanto para reconocer el posible lugar donde podía haber caído "Joe", como para eliminar a los que estaban buscando y que no habían pasado por Xiph para tomar un aspecto humano —este es el objeto de la estación espacial, en la cual nos hallamos ahora—, y que podían denunciamos como lo hicieron. Pero aquellos dos agentes, inesperadamente, perdieron su "camouflage” y enloquecieron, Todo esto acabo de complicar las cosas y me vi obligado a dar orden de destruir el camión donde llevaban los restos de mis compañeros de raza, así como la casa que el otro había destrozado. No quería de ningún modo que sus biólogos averiguaran nada acerca de nosotros. Hubieran hallado en seguida la forma de combatimos.

— Pero yo la he encontrado —no me pude contener en un grito que

me salió del alma, potentemente triunfal.

— Por dos veces, señor Stacey. La primera cuando ordenó al doctor Towers que se pusiera delante de la pantalla de rayos catódicos. Una desagradable contingencia en la cual no habíamos pensado y que, hay que reconocerlo, nos tuvo bastantes días desconcertados, destruyendo tubos de Crookes en grandes cantidades, hasta que logramos transformar aún más nuestra constitución y nuestro metabolismo, hasta que fuéramos en un todo idénticos a ustedes: por fuera y por dentro. Pero cuando usted estaba hablando con el "barman" se dio cuenta de que existe, hay un medio para combatirnos, contra el que, forzoso es decirlo así, no hemos hallado todavía el antídoto, Por eso le trajimos aquí, a Xiph. Es usted un enemigo peligroso, señor Stacey.

Me incliné agradecido:

— Digo lo mismo de ustedes Khantor. La lástima es que la solucion la tuve la primera vez delante de mis narices y no la supe ver. A estas horas ustedes ya se encontrarían barridos de la faz de la Tierra.

— Todos cometemos fallos, señor Stacey —comentó con benevolencia Khantor—. Ustedes y nosotros. Y ahora voy a hacerle mi proposición.

— Usted dirá —tensé mi espíritu, echándome inconscientemente hacia adelante.

— Únase a nosotros. Únase a nosotros, señor Stacey, y tendrá cuanto apetezca. ¿Quiere una vida larga, prácticamente ilimitada, junto a la joven que se sienta a su derecha? ¿Poder? ¿Gloria? ¿Oro? Pida. Nosotros se lo daremos.

Me sentí mareado. No eran tentaciones como para ser desdeñadas. Y aquellos tipos eran inteligentes y muy capaces de hacer algo. Pero, ¿Iba a ser yo el nuevo Benedict Arnold de la Humanidad, dejándome comprar por algo tan efímero como la gloria, el poder o el dinero? ¿Sucumbiría a la tentación de una eterna vida junto a Grace?

No creo que hombre alguno haya sido tentado de tal manera, y durante un buen rato sentí clavados en mi los ojos de ambos, mirándome, en tanto que mi cerebro daba vertiginosas vueltas.

Abrí los ojos. Tenía que hacer antes alguna pregunta:

— ¿Por que me propone esa marranada, Khantor? ¿No tiene a "Joe" con usted? ¿Tan necesario les soy yo?

— Ya le dije antes —me replicó pacientemente—, que "Joe" es el fruto de largos siglos de estudios y experiencias. Fue construido de acuerdo con las exigencias de cualquiera de nuestros cerebros, en especial el mío. En él se gastaron las últimas existencias de un metal rarísimo en nuestro planeta, desconocido en Tierra, pero eso no es todo, señor Stacey.

Aquello se estaba poniendo interesante. Procuré poner toda mi atención en las palabras que siguieron:

— "Joe", en su caída, sufrió un choque que alteró en parte lo que ustedes llaman circuitos electrónicos y que en él, a la fuerza, tienen que ser de una delicadeza infinita. Esta alteración le ha dotado de una curiosa peculiaridad.

Tomó aliento Khantor para exclamar con intenso dramatismo:

— ¡"Joe" le obedece a usted únicamente y sera así mientras que usted viva, señor Stacey!

Me quedé sin aliento. Ahora comprendía todo. Podía ser el amo de la Tierra. Dueño de todo, Pero, ¡a costa de qué precio!

A costa de la esclavitud de millones y millones de seres. A costa de causarles sabe Dios que inimaginables sufrimientos. A costa de hacer desaparecer la raza humana en unos pocos centenares de años. Volví a sentir náuseas y Khantor notó mis vacilaciones, por lo que trató de remachar el clavo:

— Cuando la Tierra empiece a morir, usted y Grace podrán venirse con nosotros a cualquier otro planeta. Vivirán una eternidad. Mientras que el Universo exista.

Pero todavía habla algo que me interesaba aclarar:

— Si usted dice que "Joe" me obedece únicamente a mí, ¿cómo es que no teme que lo llame en ml auxilio y destruya esta estación espacial?

Sonrió tranquilamente Khantor al replicar:

— En cierto modo, le estoy interfiriendo sus emisiones cerebrales, señor Stacey. Todavía no he conseguido adaptar mi cerebro al suyo, pero no dudo que lo conseguiré algún día —se apresuró a alzar la mano, tranquilizándome—: No quiero decir con esto que usted caiga bajo mi dominio absoluto. Me refiero a poder establecer contacto telepático con cerebros humanos.

¡ya! Si Khantor era largo, yo lo era más, y acababa de verle el plumero. En cuanto consiguiera dominarme, "Joe" y yo seríamos sus esclavos. Por eso le pregunté suspicazmente:

— ¿Y si me negara a aceptar sus proposiciones?

— No hará tal, señor Stacey. Poseo medios para convencerle de que lo que le conviene es aliarse conmigo. ¿Ve?

Antes de que pudiera darme cuenta, sonaron una serie de ligeros ¡clicks! y Grace quedó sólidamente sujeta al sillón en que estaba sentada por unas cuantas abrazaderas metálicas. Lanzó un gritito de susto, y me levante para desligarla, mas Khantor me frenó en seco:

— ¡No, se mueva! Usted accederá, señor Stacey. No le gustaría ver morir electrocutadamente a la mujer a quien ama, ¿verdad?. Una simple presión en este interruptor y cinco mil voltios serán libres de circular por ese hermoso cuerpo, convirtiéndolo en una irreconocible masa de carbón.

En medio de todo hay que reconocer que Khantor tenía una indudable afición a las metáforas. Y el muy bandido había adivinado mis sentimientos hacia la muchacha. Me eché para atrás desalentado:

— ¡Suéltela! —y para disimular mi rabia tuve que encender un cigarrillo.

Grace quedó libre y se arrojó en mis brazos. Nos besamos apasionadamente, sin rebozo, delante de aquel granuja, y luego aparte a un lado a la chica, preguntándole:

— ¿Dónde está “Joe"?

Se frotó las manos:

— Me alegro por usted, señor Stacey. En realidad no sólo será el dueño de su planeta, sino de todos los seres que componemos la raza de los Khantor. Aquí lo tiene.

Se inclinó a la derecha de la mesa, poniendo algo sobre ésta.

Allí estaba ml buen amigo, brillante, acogedor, cariñoso, cuando Khantor abrió la funda de cuero, y no pude evitar el darle una palmadita amistosa, como si se tratase de una persona.

— ¡Hola, “Joe"! —le saludé.

— ¿Qué hay, Tripp?

Verdaderamente era un ser inteligente. Cerré el maletín y clavé los ojos en los de Khantor:

— ¿Qué es lo que hay que hacer? —inquirí.

— Como le he dicho antes —respondió—, "Joe" le obedece a usted solamente. Ello es debido a que fue usted la primera persona con quien se encontró. Una lástima que no me ocurriera a mí, pero ahora la cosa ya no tiene remedio. Lo primero...

¡Zas!

Mi mano tenía el asa del maletín firmemente sujeta y éste se estrelló pesadamente contra el rostro de Khantor, que cayó hacía atrás sin conocimiento.

CAPÍTULO IX

Cogí por la mano a Grace y, sin preocuparme qué había sido de Khantor, que, como he dicho, cayó hacia atrás, perdida la noción de las cosas, salí arreando de aquella estancia, deteniéndome apenas había franqueado el umbral de la misma.

¿Hacia dónde dirigirme? Cualquiera lo sabía. Estábamos perdidos en el interior de aquella inmensa estación del espacio, conjunto formidable de maquinaria que trepidaba ligerísimamente, y por mas que recorrí todos los alrededores con la vista, no encontré ningún sitio por el que pudiera intentar una más que problemática escapatoria, agravada además por el hecho de que "Joe", allí dentro, no obedeciera mis mandatos.

No obstante, recurrí a él:

— ¿Podrías darme mi superpistola, "Joe"?

Apàreció en el aire una centésima de segundo después, lo cual me hizo meditar intensamente y llegar a la conclusión de que tal hecho había sido posible por el desvanecimiento que había provocado en Khantor. Pero que éste lo había sido pasajero, lo demostró el que, cuando quise pedirle la otra pistola, la desintegrante, "Joe" se negó, no tan sólo a obedecerme, sino ta contestarme siquiera.

— ¿Qué hacemos, Tripp? —me preguntó Grace angustiada.

— No lo sé, querida —pero apenas la había respondido ocurrieron dos cosas.

Una de ellas fue que Khantor apareció en la puerta de su puesto de mando, para retirarse más que de prisa cuando le saludé con un balazo que se estrelló a un centímetro de su cabeza, rebotando el proyectil estruendosamente, en tanto el eco de la detonación se propagaba por todos aquellos alrededores.

La otra cosa que pasó fue que media docena de aquellos repugnantes tipos, chirriando como siempre que estaban enfurecidos, apareciendo por el pasillo que nos habla conducido hasta allí, corriendo como energúmenos hacia nosotros.

Los detuve en seco, cuando empecé a hacer fuego, procurando, tenía escasos los proyectiles, y "Joe” no me los podía reponer, irlos derribando uno a uno, para lo cual apenas emplee mas de dos disparos, todos ellos dirigidos a la cabeza, las cuales empezaron a saltar en trozos que no constituyeron precisamente lo que se llama un espectáculo muy agradable.

Pero como las municiones empezaban a agotarse, y ví un ascensor que subía rápidamente lleno de monstruos, todavía no transformados en seres humanos, obedeciendo a las llamadas que sin duda debía estar haciendo con todo frenesí Khantor, no nos quedamos mucho tiempo allí.

— ¡Vámonos, Grace! ¡Esto huele a chamusquina!

— Pero, ¿a dónde, Tripp?

— No lo sé. Veremos a ver si encontramos un escondite. Aquí no estamos nada bien.

Corrimos como locos a lo largo del pasillo, para detenernos al instante frente a un par de tipos de aquellos que unos salieron al paso a menos de diez metros y que se detuvieron un segundo, tan sorprendidos como nosotros. Pero aquella vacilación les fue fatal, porque los destrocé a balazos en pocos instantes.

Saltando por encima de aquellos repugnantes restos, que hedían de un modo que revolvía el estómago, tras haber arrojado ya la inútil pistola, por no poder recargarla de ninguna manera, a pesar de que hice todos los esfuerzos mentales habidos y por haber, nos dimos de manos a boca con una amplia abertura, de espesa puerta.

Por aquella abertura habían salido los dos Khantors que acababa de eliminar. Nos metimos en ella sin vacilar y al volverme me di cuenta de que, al menos por el momento, estábamos en lugar seguro.

Tenía un volante la pared, parecido al de los barcos, Sólo que mucho mas pequeño, y le di vueltas hasta que la pesada puerta comenzó a girar despacio, cerrándose de tal modo que me dio la sensación que únicamente una granada de carga nuclear sería capaz de abrirla. Y apenas me sentí a salvo, note en mi brazo la presión de la mano de

Grace que me dijo nerviosamente:

— ¡Mira, Tripp! ¿Qué es esto?

Entretenido en asegurarnos la salvación, siquiera ésta fuera momentánea, no había podido reparar en la habitación en que habíamos entrado y que más que habitación parecía un hangar o almacén, a juzgar por sus vastas proporciones. Pero no era esto lo que me atrajo la atención, sino el montón de metálicos cilindros que cubrían todo un lado de aquella enorme estancia.

Me acerque allí con curiosidad, seguido por Grace, que, intrigada no pudo evitar el preguntarme:

— ¿Qué es esto, Tripp?

Tarde algunos segundos en contestarle. La sorpresa había sido de las gordas y cuando lo hice tuve que sujetarla:

— ¡Por los clavos de Cristo! ¡Vaya un arsenal de bombas atómicas!

Si no había un centenar no había ninguna. Todas cilíndricas, relucientes, mortíferas, amenazadoras, encerrando en sus metálicas entrañas un infinito poder destructor. Nueva York, Washington, San Francisco, Londres, Roma, Madrid, Paris... todas las mayores ciudades del mundo destruidas en contados segundos, si los terrestres se oponían a los desmesurados apetitos de Khantor.

— Tenemos que destruir esto, Grace.

— ¿Cómo? ¿De que manera, Tripp? —me preguntó angustiada.

La cogí por los hombros, mirándola fijamente:

— La solución esta en tus manos, querida. Nos entregamos y viviremos eternamente. O bien, si destruimos esto, sacudiremos a la Tierra en la pesadilla en que vive, sin saberlo, y conseguiremos que nuestro mundo dure un millón de años todavía. Pero nosotros podemos morir. Es más, no tenemos una probabilidad entre un millón de salir ilesos de aquí.

Se alzo de puntillas rozando mis labios con los suyos. Los encontré perfectamente normales. Luego me sonrió:

— Obra como si estuvieras solo, querido. Tu suerte será la mía.

— Gracias, cariño. Serás una esposa inapreciable... si vivimos.

— ¿Cómo te las vas a arreglar para destruir esto, Tripp? ¿Qué puedes tú saber de armas y desarmar bombas atómicas?

— Aparte de que, en nuestro oficio se nos exigen muchas cosas, antes de entrar aquí ya tenía yo unos cuantos años de estudios de Física Nuclear. El único inconveniente que tengo es carecer de la herramienta adecuada.

Soltándola, me dedique a buscar un destornillador. Era lo primero que me hacía falta, y por fin pude conseguirlo. Destape una de las bombas, mirando en su interior y luego descorazonado a la enorme pila. Me hubiera llevado demasiado tiempo el destrozarlas una a una y los Khantor tendrían algún medio de entrar allí antes de que pudiera concluir mi labor.

Medité un buen rato hasta que, con un suspiro, dí con la solución. No había más que una sola: volar con todo aquello.

Volví al armario de herramientas de donde había sacado el destornillador y tomé un martillo. Destrozaría el "cerebro" de la bomba, y haría el contacto a mano, no por circuitos de control automático como funcionaban las que allí había. Pero entonces algo empezó a chasquear encima de mí, y la sangre se me heló en las venas.

¡El contador Geiger!

Los sutiles neutrones venenosos que el plutonio suelta tienen que escapar o se produce una reacción en cadena. Ya estaban lloviendo invisiblemente sobre la habitación, y yo no tenía mas que un simple traje de *acetalum* por toda protección. Me eche a reír amargamente, y no quise siquiera contestar a Grace, en tanto que trabajaba furibundamente.

— ¿Qué es esto, Tripp? —me preguntó cuando saqué después dos semiesferas de un metal brillante, compacto, lisas y pulidas como un espejo.

De nuevo volví a reír. si me hubieran visto en la Tierra manejando el plutonio con las manos desnudas hubieran escapado de mí lado aullando despavoridos. Ahora tenia allí aquellos dos trozos de metal que, aislados, eran tan inofensivos como un fusil sin cartuchos. Una bomba atómica no es más que dos fragmentos de un metal fusionable como el que tenía en las manos. Separados, ¡bah! Pero juntos, chocando uno con otro, entonces es cuando sobreviene la explosión. La complicación estribaba en los dispositivos, circuitos y mecanismos

usados para hacerlos chocar de la manera exacta, y en el tiempo lugar requeridos.

— ¿Por que los has sacado? —volvió ella a preguntarme cuando concluí esta corta operación.

— Tenía que darme cuenta de como funciona el mecanismo de explosión, querida, No me he pasado manejando las bombas atómicas durante toda mi vida y lo tenía un poco olvidado. En el bolsillo de la americana tengo los cigarrillos. ¿Quieres encenderme uno?

Lo hizo ella misma y luego me lo puso en la boca, en tanto que, estudiado y repasado ya todo, me metía con la siguiente bomba, en la que pensaba montar el dispositivo mecánico de disparo. No quería mirar siquiera el contador, ¿Para qué?

De todas formas, si salíamos de aquella, podríamos vivir, siempre que consiguiéramos llegara la Tierra y someternos a un tratamiento de descontaminación. Pero, ¿qué medio emplearíamos? ¿Arrojándonos por la ventana como si fuera la de un rascacielos?

— Si tuviera un alambre fino... —musité, y Grace se dedico a huronear por allí, hasta que, con una exclamación volvió junto a mí.

— Toma. Lo he encontrado allí.

— Perfecto —exclamé mirándolo, y arrancándome a continuación el reloj de pulsera, del cual saqué el vidrio.

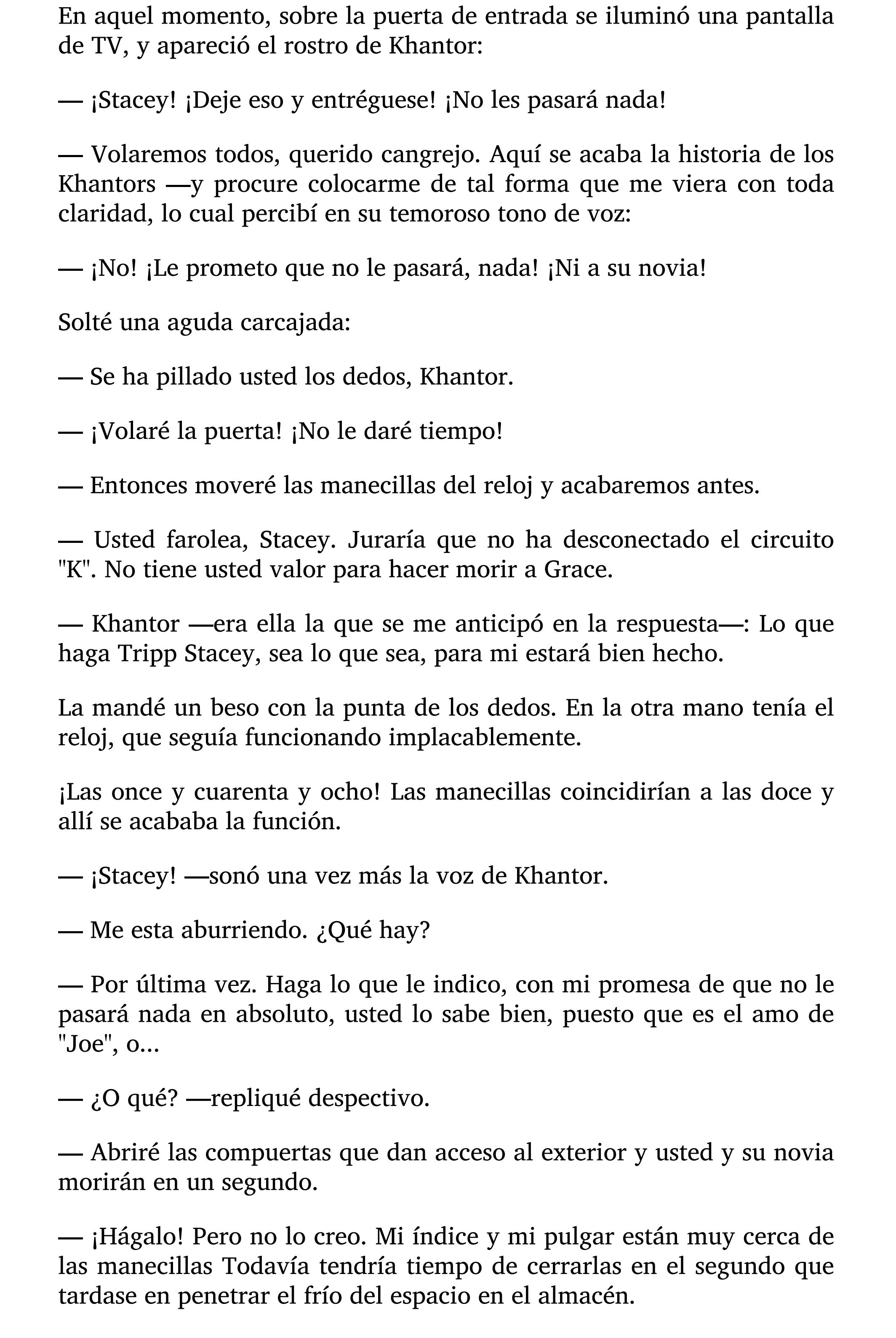
En la Tierra eran, las once cuarenta y cuatro. No sé si de la mañana o de la noche. Había perdido la noción del tiempo y me dedique a montar el mecanismo de explosión.

Había un camino, conociendo los circuitos. Sabía también como dominarlos. Quitaba la barra de seguridad; desenganchaba el circuito de proximidad, acortaba la demora del mismo y cortaba el circuito de remonta a mano; después con cuatro golpes de destornillador aquí y allá, y empalmando cada uno de los extremos del fino alambre a las manecillas del reloj, la bomba saltaría.

Y nosotros y todos los Khantores.

Y los que quedaban en la Tierra al ser destruido “Joe" y no poder alimentarse.

¡Las once y cuarenta y seis!


En aquel momento, sobre la puerta de entrada se iluminó una pantalla de TV, y apareció el rostro de Khantor:

— ¡Stacey! ¡Deje eso y entréguese! ¡No les pasará nada!

— Volaremos todos, querido cangrejo. Aquí se acaba la historia de los Khantors —y procure colocarme de tal forma que me viera con toda claridad, lo cual percibí en su temoroso tono de voz:

— ¡No! ¡Le prometo que no le pasará, nada! ¡Ni a su novia!

Solté una aguda carcajada:

— Se ha pillado usted los dedos, Khantor.

— ¡Volaré la puerta! ¡No le daré tiempo!

— Entonces moveré las manecillas del reloj y acabaremos antes.

— Usted farolea, Stacey. Juraría que no ha desconectado el circuito "K". No tiene usted valor para hacer morir a Grace.

— Khantor —era ella la que se me anticipó en la respuesta—: Lo que haga Tripp Stacey, sea lo que sea, para mi estará bien hecho.

La mandé un beso con la punta de los dedos. En la otra mano tenía el reloj, que seguía funcionando implacablemente.

¡Las once y cuarenta y ocho! Las manecillas coincidirían a las doce y allí se acababa la función.

— ¡Stacey! —sonó una vez más la voz de Khantor.

— Me esta aburriendo. ¿Qué hay?

— Por última vez. Haga lo que le indico, con mi promesa de que no le pasará nada en absoluto, usted lo sabe bien, puesto que es el amo de "Joe", o...

— ¿O qué? —repliqué despectivo.

— Abriré las compuertas que dan acceso al exterior y usted y su novia morirán en un segundo.

— ¡Hágalo! Pero no lo creo. Mi índice y mi pulgar están muy cerca de las manecillas Todavía tendría tiempo de cerrarlas en el segundo que tardase en penetrar el frío del espacio en el almacén.

Se calló Khantor. Sabía que yo tenía razón. Lo tenía en mis manos. Lo malo es que nosotros dos también estábamos listos. Seguro que nuestra sangre tenía que estar perdida ya de plutonio; pero, ¿que importaba eso? Ya nos habíamos dado a nosotros mismos por perdidos y todavía tuve humor de atraer a mi lado a Grace, rodearle el talle con la mano libre arrojando la última bocanada de humo contra el Geiger, que se movió espasmódlcamente.

¡LAS ONCE Y CINCUENTA!

Diez minutos de vida. Khantor continuaba gimiendo y desgañitándose, pero no se atrevía a violar la puerta.

— ¡Grace!

— ¿Qué, Tripp?

— Te voy a decir una cosa que hasta ahora no te la he dicho por falta de tiempo.

— Yo tampoco, te quiero.

— Te quiero, Grace.

Nos besamos.

¡LAS ONCE Y CINCUENTA Y DOS MINUTOSI

Miré fascinado la marcha de las manecillas del reloj. El alambre era tan sutil que no las retrasaba en un quinto de segundo. Marchaba el asunto como lo que era: como un reloj.

El tiempo continuó pasando: El tic—tac parecía llenar el hangar.

¡LAS ONCE Y CINCUENTA Y CUATRO!

— Seis minutos —dijo filosóficamente.

— Serán los seis minutos que mejor pase en mi vida —me sonrió Grace, al mismo tiempo que acercaba sus labios a los míos.

Pero no llegó a besarme, porque mi vista miraba más allá de sus hombros. Hacia un lugar del almacén de bombas, en el que, al igual que el despacho de Khantor, había un inmenso panel transparente, por partida doble, uno de los cuales, el de fuera, acababa de deslizarse a un lado, para dejar paso a un helicóptero movido por cohetes.

Se cerró el vidrio exterior.

Dejé el reloj con todo cuidado encima de la bomba.

— ¡Escondámonos, Grace!

Nos pusimos en la parte opuesta, asomando apenas la nariz, y viendo que, tras llenar de aire la cámara de presión, el panel interior se abría, en tanto que del interior del helicóptero bajaban tres hombres, todos vestidos con uniformes militares, en tanto que uno de ellos, todavía en el vehículo, les ayudaba a sacar un artefacto como los muchos que existían allí.

Lo comprendí todo. Por todas partes estaban los Khantors. Así me explicaba la procedencia de las bombas atómicos. Las sustraían de los depósitos y las traían a la estación espacial, que debía estar muy bien aislada, ya que no había sido registrado por los radares. Usarían sin duda algún antirradar especial. Pero no era ahora el momento de preocuparme de este detalle.

Los Khantor vestidos de militar estaban absortos en su labor. No se daban cuenta de que, a poco que me rodasen bien las cosas, nos proporcionaban los medios de escapar.

¡LAS ONCE Y CINCUENTA Y CINCO!

Miré al descuido el reloj al pasar con el martillo en la mano. No podía entretenerme en planear una sorpresa. Bastante seria el que no se esperasen hallar alguien allá dentro.

Salte hacia adelante como una fiera, con el martillo en la mano.

En aquel momento debí ser visto por su jefe, porque de la pantalla de la televisión salió un rugido atroz, previniendo a los hombres, que se volvieron instantáneamente.

Para uno de ellos, sin embargo, fue tarde, porque el martillo se abatió pesadamente sobre su frente, quebrándola como si hubiera sido una vasija de barro. Y aseguro que no sentí ningún remordimiento. No los consideraba como hombres, aun teniendo su apariencia. El Khantor, sin lanzar un gemido, cayó hacia adelante, muerto como mi abuela.

El que estaba hacia atrás salió despedido lanzando unos alaridos completamente humanos, y que me llenaron de gozo al oírlos. Mi pie derecho había entrado en contacto con su bajo vientre y los efectos fueron fulminantes. Quedó instantáneamente apartado de la lucha.

Los otros dos, bramando como búfalos enfurecidos, se vinieron encima. Pero en peores ocasiones me había visto y sonreí despreciativamente. Todavía tenían que aprender mucho aquellos seres de otro mundo de los que habitábamos este viejo planeta, y mi izquierda levantó en el aire, en demoledor impacto, al tercero de los Khantor disfrazados de hombre, en tanto que, un segundo después, mi martillo repetía la suerte, destrozándole la cabeza al cuarto.

No obstante, si creía que la lucha se había terminado, estaba por completo equivocado. El que recibiera el puñetazo se levantó otra vez, al mismo tiempo que un grito de la chica me llegaba perfectamente:

— ¡LAS ONCE Y CINCUENTA Y SEIS, TRIPP!

Agitó los brazos como aspas de molino el tipo cuando se arrojó sobre mí.

El crujido de huesos que sonó a continuación me indicó que aquel tipo ya tenía bastante. No quedaba más que uno que se retorcía de dolor en el suelo, apretándose el vientre con ambas manos.

— ¡Grace, tráete a "Joe"! ¡Corre!

Me obedeció, diciéndome al llegar junto a mí:

— ¡FALTAN TRES MINUTOS!

— Suficiente —exclamé, dirigiéndome al Khantor.

Lo levante a puntapiés, felicitándome de que tuviera aquel aspecto que me permitía manejarlo tan fácilmente. Lo metí de un empujón dentro del helicóptero, y la sola amenaza del martillo tuve mas que suficiente. Aparte de que le dije:

— Ese almacén de bombas atómicas va a volar antes de dos minutos. ¿Quieres quedarte?

Por toda respuesta manejó el aparato. Desde allí, y por control remoto, cerró él segundo panel, expulsando el aire —¿para que ya?— y abriendo el que daba paso libre al espacio. Después se lanzó a fondo hacia aquella enorme bola plateada que se encontraba a varios millares de kilómetros por debajo de nosotros.

Me quedé sin aliento. El estómago se me pegó a la espalda, cuando el Khantor, huyendo de la quema, sabiendo lo que le esperaba si no se daba prisa, puesto que de sobra conocía los devastadores efectos de las explosiones nucleares, dio toda la energía a los tubos de impulsión, por los que salieron los gases en incandescentes chorros.

Todavía me quedaron fuerzas para mirar hacia arriba, seguro de que mi obligado piloto no pensaba en otra cosa que huir.

La estación espacial giraba muy lentamente sobre si misma. Se fue empequeñeciendo, disminuyendo, confundiéndose sus formas —tan parecidas a la de una esfera armilar de rara estructura— en la distancia, hasta no parecer otra cosa que un brillante puntito de luz en el espacio.

En aquel instante, el Khantor hizo un nervioso movimiento con la mano. Pude verle con toda claridad el reloj de pulsera.

¡LAS DOCE!

Apareció allá, arriba una súbita blancura. Una blancura sin nombre. Una luz de un blanco cegador, que no es posible describir con palabras, un chispazo, un globo que se ensanchó rápidamente, perdiendo el tono pasando al amarillo y luego al anaranjado, sin que por eso su resplandor dejara de iluminar aquella zona del espacio como si se hubiera hecho repentinamente de día, en un lugar en el que reinaba la noche eterna. Rayos de todos los colores, de toda la gama del arco iris, se esparcieron en todas direcciones, llevando en su seno enormes fragmentos de la estación espacial que acababa de ser destruida.

Y con ella los Khantors.

El resto de la tarea era fácil.

CAPITULO X

La Tierra se aproximaba velozmente. Aumentaba rápidamente de tamaño. El helicóptero —somos reacios a cambiar los nombres de las cosas, porque aquel aparato se parecía tanto a un helicóptero de los antiguos, de aquellos que usaban aspas, como un huevo a una castaña —, continuaba su veloz marcha, conducido por aquel Khantor a quien no quitaba ojo de encima. Pero para estar mas seguro, inicié un dialogo con "Joe".

— ¿Puedes obedecerme ya? —le pregunté.

— Si. Muerto Khantor, ha cesado la interferencia.

— Muy bien. Dame otra pistola. Aquella se me quedó allá arriba.

Mi piloto a la fuerza se quedó viendo visiones, cuando en mi mano el martillo fue substituido por una pistola, pero tuvo que dedicarse al gobierno del aparato, que empezó a bailar al tomar contacto con la atmósfera.

Durante un buen rato no dije nada, pero cuando creí llegado el

momento, lo encañoné y le dije sin el menor cumplido:

— Abre la puerta y salta. Para aterrizar no me harás ninguna falta.

— Me... me mataré —tartamudeó, lívido.

— Me es igual. O saltas, o te agujereo la cabeza aquí mismo.

Palideció el tipo y en sus ojos leí las intenciones que le animaban. Pero antes de que pudiera arrojarse sobre mi, le sacudí con el cañón de la pistola entre los ojos, con lo que el fulano cayó hacia atrás y en el mismo momento abrí la portezuela del aparato.

Hecho esto, me volví hacia Grace, atrayéndola con un brazo alrededor de sus cálidos hombros, pero cuando nuestros labios se iban a juntar, me apartó suavemente:

— No puede ser, Tripp.

— ¿Por qué? —gruñí, bastante molesto.

— ¿No dices —sonreía maliciosamente— que dos bloques de plutonio separados no son nada y que, juntándolos, estallan? ¿Y qué otra cosa somos nosotros ahora?

Pero no ocurrió ninguna explosión a pesar de sus temores.

* * *

Estaba equivocado si creía que el resto de la tarea era fácil.

Y que estaba equivocado me lo demostró que tuviera que coger, furioso, la jarra con agua que tenía en la mesilla del cuarto del hospital que ocupaba, sometido al consiguiente proceso de descontaminación y arrojársela a la cabeza de la enfermera, que huyó despavorida.

— ¡Quiero ver a Robert Stacey! —aullé una vez mas, aunque con el mismo resultado de las precedentes.

Al estrépito que se formó acudieron varias personas. El doctor de guardia, la enfermera ultrajada, dos robustos sanitarios decididos a todo, y detrás de todos ellos Grace, con una bata. Su cuarto era el

contiguo al mío.

— Señor Stacey, ya le hemos dicho que el señor Stacey ha telefoneado que ya pasará a verle. Que sus muchas ocupaciones le retienen y que espera verle muy pronto por allí —terminó el medico.

— Eso mismo me están diciendo hace dos semanas. Y el tratamiento ha tenido que terminarse a la fuerza hace una —grité— ¿Por qué me tienen aquí todavía?

— Le quedan algunos neutrones en el organismo que estamos tratando de eliminar —replicó suavemente el doctor—. Entretanto, no podemos arriesgarnos a dejarle marchar.

— Me encuentro bien... —y entonces tuve una súbita idea.

Salté de la cama, sin cuidarme de mi somera vestimenta, el pijama únicamente, y eché mano a una botella de coñac que tenía sobre la mesilla. No soy bebedor, pero alguna copita de vez en cuando me agrada.

Vertí un par de dedos en el vaso. Luego, tomando la superpistola que tenía debajo de la almohada, encañoné al médico:

— ¡Beba! —le ordene perentoriamente.

Dio un paso atrás. Sus ojos reflejaron una intensa mueca de odio y no necesite mas. Salto su cabeza como una granada reventada, en repugnantes fragmentos que salpicaron a todo el mundo, en tanto que la detonación conmovía con sus fragores la estancia. Y antes de que se recuperaran los demás del susto, dije:

— ¡El que quiera vivir, que se eche un trago!

Los dos enfermeros trataron de escapar. Eran unos de ELLOS, pero no dieron muchos pasos fuera de la estancia. Los perseguí y cayeron atravesados, en tanto que en el hospital comenzaba a formarse el correspondiente y fenomenal barullo.

Volví a mi habitación y alargué el vaso a la enfermera, que, pálida, no chistó siquiera. Tosió, le lloraron los ojos, se conmovió en fuertes espasmos, pero conservó su humana apariencia.

— Ahora tú, querida —me dirigí a Grace, que como ya estaba mas acostumbrada, no había pestañeado, y con un suspiro vi que, efectivamente, era ella. No me la habían cambiado.

— Nos iremos ahora mismo. Quince días perdidos —mascullé furioso, cambiándome de ropa detrás del biombo—. ¡Qué idiota he sido!

Cuando estuve listo, tomé a "Joe". Grace apareció un segundo después y se lo entregue, en tanto que en una mano llevaba la botella de coñac y en la otra la pistola. Por eso, cuando el taxi se detuvo en la acera, le ofrecí un trago al conductor.

Pero no ocurrió nada. Era de los NUESTROS, y le di una dirección. Grace y yo cruzamos la acera rápidamente. La escena se repitió con el ascensorista y el hombre, con un encogimiento de hombros, aceptó. No supo jamás que había estado a punto de morir acribillado.

Penetré como una tromba en el despacho de "Azote", quedándome de piedra. ¡No estaba allí!

En su lugar se hallaba el segundo de a bordo, el teniente coronel Andrew McFair, a quien le pregunté:

— ¿Dónde está? —no perdí el tiempo en saludos.

— Me ha dicho que lo ha llamado el Presidente.

Arrugué la nariz, pero fui a lo mío. Le alargué la botella:

— ¿Un trago?

— Hombre, pues no vendrá nada mal. ¿A qué se debe tanta generosidad, Tripp?

Se lo expliqué cuando bebió y me hube convencido de que no era uno de ELLOS, y abrió los ojos como si viera visiones. Durante unos minutos no tuvo aliento siquiera, y al fin explotó:

— ¡Por las barbas de la ballena de Jonás! Tripp, si eso que dices es cierto, tenemos la solución del caso.

— Todavía quedan unos cuantos millones en la Tierra, señor. Morirán, pero no podemos aguardar tres o cuatrocientos años. Los daños que podrían causarnos aún son incalculables.

— Tienes razón, Tripp. Pero la cosa es difícil. ¿Cómo empezar?

No hacia falta pensarlo mucho:

— Por el mismo personal de la oficina. Dele a cada uno de ellos un sorbo de coñac. Aquel que lo rechace, pregúntele las causas que tiene

para no beber. Y no importa la úlcera de estómago. Hoy, prácticamente, no existe.

Aprobó mi plan con la mirada. Grace y yo nos echamos a un lado, contemplando detenidamente a todo aquel que entraba en la oficina, en la que ya se habían prevenido suficientes vasos y botellas, así como dos o tres hombres de toda confianza, que habían pasado previamente por la prueba del alcohol, no sin que en un caso hubiera tenido que disparar sin la menor compasión sobre cierto bombón que antaño me ponía los ojos tiernos.

En la oficina estuvimos todos listos muy pronto, no sin que hubiese sus más y sus menos, algo de barullo y algunas muertes, previstas ya por otra parte. Pero cuando estuvimos seguros de que todos éramos terrestres, McFair, Grace y yo salimos corriendo hacia la Casa Blanca.

El Presidente se quedó con la boca abierta cuando se lo expliqué, y no dejó de soltar una de sus pintorescas exclamaciones que hacían las delicias de los reportajes televisados, cuando se olvidaba que, en lugar de hallarse ante los íntimos, tenía pendientes de si a unas cuantas decenas de millones de americanos.

— ¿Cómo dedujo usted eso, joven?

— Relacionando hechos, señor Presidente —le contesté—. Los dos hombres que entraron en el "Space-Bar", que fueron los que primero recobraron su forma extraplanetaria, pidieron una limonada. Pero el infeliz "barman" se debió equivocar o no les entendió bien, el caso es que les sirvió alguna poción con alcohol, cerveza quizá. Después vino el doctor Billings, que perdió su forma humana tan sólo con respirar los vapores del alcohol cuando se lo ofreció el carrista moribundo. Los últimos en fracasar de este modo fueron los del bar de la capital, que fue donde asesinaron al "barman" con ráfagas de ametralladora, para evitar que hablase. Se dieron cuenta de que yo sabía de dónde radicaba su flaqueza y por eso me raptaron. Junto con la Señorita, llevándonos a ambos a la estación espacial, cuya destrucción fue convenientemente registrada, como sabrán ustedes, y en la cual los Khantor perdían su forma primitiva para adoptar la nuestra.

— ¡Es increíble! —exclamó el Presidente.

— Pero rigurosamente cierto, señor —le repliqué.

— Bien, entonces ahora no nos queda otra opción que pasar a la contraofensiva, ¿no es así? La llamaremos "Operación Alambique". Habrá que destilar alcohol en abundancia. Son doscientos treinta

millones de americanos los que tienen que beber.

— Incluso los niños de pecho —aduje—. No podemos correr el menor riesgo. Para ellos con unas gotitas en un algodón pasado por los labios será suficiente, si no ocurre como en el caso del profesor Billings, ya que es de suponer que muchos de ellos serán hipersensibles.

— Está bien. Reuniré los miembros de mi Gabinete, así como la Comisión de Defensa Nacional, y empezaremos a actuar seguidamente. Y, como la vez anterior, daré ejemplo.

Y como la vez anterior, luego que hubimos brindado los presentes, se hizo beber a los que había por allí. La caza de los Khantor empezó en los mismos pasillos, antes de salir siquiera al césped de la Casa Blanca. Los suelos y las paredes de la misma acusaron las rojas manchas de la sangre de los falsos humanos que hubo de ser necesariamente vertida, en los comienzos de la operación a vida o muerte que habíamos convenido en desarrollar.

Durante unos días la Nación pareció atacada de una súbita embriaguez. Padecimos horrores. Severísimos puestos de control, instalada la ley marcial, fueron montados, y verdaderas piras de cadáveres se amontonaron, procedentes de personas que se habían negado a beber y que fueron eliminadas sin compasión, disparándose sobre ellas sin previo aviso.

Algunos Khantor murieron, pero no lo hicieron solos. Conocían perfectamente la feroz persecución de que eran objeto y bebieron.

Bebieron, como en el caso que presencié, para no irse solos de este mundo.

Después de una visita de inspección que me encomendó "Azote", por mensaje cifrado, regresábamos Grace y yo a la ciudad, haciendo planes para nuestro futuro. Pensábamos casarnos en cuanto, suprimida la ley marcial, se diese la señal de la vuelta a

la perfecta normalidad.

— Espero no te encomiende "Azote" misiones de vagabundaje —me decía Grace.

Sin mirarla, atento a la conducción, le repliqué:

— ¿Vas a consentir que tu marido se enmohezca detrás de una mesa de despacho?

— Será la forma de conservarte entero —se apoyó mimosa en mi hombro, pero frené, ya que estábamos a la entrada de Washington, y uno de los soldados de la "Military Police" nos hacía gestos de que parasemos.

Alguien se acercó a nosotros con una botella y dos vasitos de papel. Nos sirvió un dedo de un licor infame, pero lo tragamos con resignación.

— ¿Cuándo será el día en que se acabe uno de quemar el estómago? —mascullé.

Sonrió el sargento:

— Los últimos informes dicen que esto ya se está acabando, señor. Con su permiso.

Echando mas licor en otros dos vasos que le acercó un soldado, se aproximó hacia otro coche que estaba a un metro de nosotros, alargándoselos a sus dos ocupantes, que daban la impresión de un matrimonio de rentistas y que sin pestañear se llevaron los vasos a los labios.

Todavía estaba yo soltando el freno y embragando, cuando a mi izquierda resonó un pavoroso crujido que nos hizo volver la cabeza, alarmadísimos.

El techo del coche aquel en que viajaba el pacífico matrimonio habla sido levantado por la formidable presión que hicieron los dos Khantor aunando sus esfuerzos. El sargento se quedó un instante boquiabierto y eso, fue su perdición, así como la de los tres o cuatro soldados que le rodeaban.

Todos estaban acostumbrados a que los Khantor, en figura humana, se negaran a beber, y acto seguido se disparaba sobre ellos incontinenti, mas era el primer caso en que aquellos seres extraterrestres se entregaban voluntariamente a la muerte. Mas no fueron solos.

El primero de sus golpes destrozó literalmente al sargento, que no tuvo tiempo siquiera de lanzar un grito, y otro poderoso embate de aquellas tenazas partió en dos al soldado que tenía más cerca, en tanto que su pareja, saltando del ya destrozado vehículo, sin arredrarle los disparos, tambaleándose no obstante a cada impacto que recibía, se echaba hacia adelante, causando estragos entre el personal del puesto de control.

Empujé el acelerador a fondo y por milagro esquivé un viaje que nos tiro el Khantor y que nos hizo papilla la parte posterior del coche. Pero conseguimos escapar, y dejamos atrás aquel cuadro de ruina y desolación, de donde bien pronto llegaron los ecos de unas explosiones que nos indicaron que los monstruos habían concluido.

Llegué a mi oficina, todavía medio temblando. Noté que necesitaba una buena dosis de coñac, y mirando el pálido rostro de Grace, pensé que tampoco ella le haría ascos. Nos reanimamos, y en aquel momento entró "Azote”.

— ¿Qué noticias hay, Tripp?

Le conté lo que había averiguado, concluyendo:

— Esto se acaba. Antes de una semana estaremos ya como si no hubiera pasado nada. Y para celebrarlo, propongo una cosa.

— ¿Qué es ello, Tripp? —contestó indiferentemente "Azote”, examinando. pensativamente unos papelotes.

— Un brindis —dije, lleno de euforia—. Un brindis por la exterminación de la peor amenaza que ha sufrido la Humanidad desde que la Tierra existe.

Y, sin preocuparme demás, eché licor en tres vasitos, alargando uno de ellos a mi jefe.

Se echó para atrás.

Centellearon sus ojos malignamente, pero no le di tiempo.

El movimiento de mi mano a la funda axilar fue velocísimo, fulminante, y mi pistola llameó, detonando estruendosamente en la reducida estancia, que trepidó con las explosiones.

"Azote" fue arrojado hacia atrás, con la cabeza destrozada, y tras contemplarlo melancólicamente, tomé a "Joe" y a Grace y salí de aquella oficina.

* * *

Han pasado ya varios años desde aquella época; y en las cálidas

noches de verano, cuando rodeo el talle de mi esposa y ambos, sumidos en augusto silencio, contemplamos el cielo estrellado, pienso en qué misteriosos mundos habrá vida orgánica.

Pienso asimismo en que quizá haya otros seres, más allá de nuestra Galaxia, que nos están contemplando por medio de sabe Dios que perfeccionados procedimientos, pero si es así, no habrán dejado de enterarse del desastroso fin que tuvieron ELLOS.

ELLOS estaban aquí, pero los exterminamos. Se habían infiltrado, pero desaparecieron. Y lo mismo ocurrirá con cualquier raza extraterrestre que llegue con fines parecidos.

El Universo esta poblado por infinidad de Galaxias, compuestas cada una de ellas por millones de soles como el nuestro, que serán centros de un sistema planetario. Algunos de estos planetas estarán habitados por seres, si no de forma humana, si con otra morfología distinta, pero en todo caso con inteligencia similar a la nuestra.

Y a todos ellos se dirige este mensaje.

Pronto empezarán las primeras expediciones de colonización interplanetaria. Mas nosotros no queremos hacer esclavos, no queremos conquistar mundos. Solamente queremos enseñar a los seres más atrasados que nosotros y aprender de aquellos cuya civilización sea superior a la nuestra. Establecer un intercambio pacífico y conveniente, tanto de ideas como de los usuales objetos de comercio, pero sin pretender subyugar a nadie, ni dejar tampoco que nos esclavicen, como ELLOS lo habían intentado.

Queremos ser libres, vivir en paz. Que todos los mundos habitados del Universo sean libres y vivan en paz.

Por eso he escrito estas líneas. Con la esperanza de que algún día sean leídas y su lección aprendida fuera de nuestra Galaxia, para que así los habitantes de otros planetas sepan, en todo caso, a qué atenerse.

Pero además hay otro motivo.

Son un homenaje a un hombre, Robert Stacey, alias "Azote", mi padre, que murió oscura y valerosamente, despiadadamente eliminado por uno de ELLOS que ocupó su puesto, hasta que fue vengado cumplidamente por su propio hijo. El hubiera aprobado esto que he escrito. Y él me hubiera recomendado para su puesto, que es el que ahora ocupo, a pesar de lo que refunfuña Grace de vez en cuando, para no perder la costumbre.

Tengamos en cuenta que es una mujer. Y la madre de mis hijos.

Pero cuando se pone pesada, llamo en mi auxilio a "Joe", y me trae un cigarrillo y una cerilla ya encendida y me pongo a fumar, contemplando las estrellas. Esas estrellas desde donde quizá algunos seres nos hacen señales que no entendemos.

Tengo la esperanza de que algún día serán descifradas.

FIN

[1] Iniciales con que se designa al soldado norteamericano.